

LA ESCUELA CIENTÍFICA, SUS PROMESAS Y SUS PRETENSIONES.

LOS ANTECEDENTES DEL POSITIVISMO.

III. *

El antecedente judío, cuyo rastro he procurado seguir, no penetró, sin embargo, sin gran trabajo en el espíritu del hombre para ensancharlo. A través de nuestra historia aparece como una débil corriente que á cada paso amenaza desaparecer. Ni siquiera encuentra la débil resistencia que el niño opone á toda disciplina que le viene de fuera. Siéntese que el carácter del hombre moderno se pronuncia en contra suya, que se forma en él algo que le contradice. Detrás de la tradición del Dios de los vivos, como detrás de la conciencia naciente hay un género de inteligencia que vuelve sin cesar á la idea de que todas las necesidades de fuera no pueden ser más que el efecto de una necesidad exterior, y que se arregla siempre para explicar lo que la conciencia misma descubre por alguna sensación natural ó sobrenatural, por una simple acción del viejo destino *fuerza de las cosas*.

M. Lecky ha indicado perfectamente cómo se paganoizó el cristianismo bajo la influencia de lo que llamaré paganismo natural de las sensaciones y de la imaginación; pero este paganismo ni dependía de la edad moral de los pueblos, ni es tampoco lo que más trabas ha puesto al desarrollo del espíritu moderno. Las glotonerías de la infancia pasan con la infancia; los desórdenes y sensualismos ideales de la juventud, pasan con la juventud. Así han desaparecido los sueños de la ininteligencia y de la irreflexión de la Edad Media. La fe en los talismanes y en los sortilegios, la creencia en fuerzas físicas sobrenaturales, las pequeñas dictaduras locales de los señores feudales, el orden por la soberanía arbitraria de una voluntad individual, la sumisión servil de la ignorancia, que considera el poder que encuentra establecido sin saber por qué, como una especie de sol que siempre ha existido y que no puede dejar de existir, todo esto se ha evaporado; pero aún resisten las preocupaciones supersticiosas y los supersticiosos medios de gobierno, cuyas raíces pe-

* Véase el número anterior, página 361.

netran en las costumbres intelectuales que la tradición romana ha dado á Europa. Es indudable que remonta á la Grecia civilizada de Alejandría y á la Roma anterior á los bárbaros, el cristianismo materializado que formó la educación de la Edad Media, y que, apoderándose de la imaginación de los pueblos modernos, les ha inculcado lo que hoy aún les lleva á atribuir todos los fenómenos posibles, morales ó sensibles, á la operación única de una materia activa.

En el *Paraíso perdido*, de Milton, hay una escena ingenua y característica: la que nos describe los Maquiavelos y los Don Quijotes del infierno reunidos en gran consejo. Es verdad que todos rechazan como gran locura la pretensión de vencer al eterno destino; pero todos consideran muy práctico consagrar su energía á burlar ese mismo poder irresistible, para buscar medios hábiles para hacerse independientes de él dentro de su propio dominio. Evidentemente aquí tenemos algo más que el ideal de un poeta particular, y el *Paraíso perdido*, por ficticio que sea bajo ciertos puntos de vista, es sin embargo una verdadera epopeya, en el sentido que Milton ha expresado en sus demonios lo que nuestra raza ária, formada en la escuela de Roma, ha considerado perfectamente como la esencia de la sabiduría. Un predominio decidido de la inteligencia al servicio de la voluntad, una naturaleza humana constantemente ocupada en fijarse, según sus propios deseos, las cosas ó el estado de cosas que debe proponerse crear, y constantemente resuelta á no pensar sino para conocer lo que se opone como obstáculo á sus designios ó para robar al destino el arte de realizarlos;—al fin de todo esto, una inmensa fuerza de reflexión empleada en formarse agradables ilusiones, en inventarse mitologías para disfrazar su propia impotencia, en figurarse, porque en cierto modo se han apropiado las vías del destino concibiéndolas y haciéndolas previsiones propias, que se puede escapar á la necesidad de conformar primeramente las propias voluntades á las leyes de lo posible y de lo inevitable;—hé aquí á la vez el genio y la debilidad del carácter que se formó en Roma bajo la influencia de la imaginación griega.

Ya fijemos la atención en los destinos políticos de la Europa moderna ó en su desarrollo religioso, por ambas partes veremos la enérgica vitalidad de las razas bárbaras dar los mismos frutos al combinarse con el espíritu greco-romano; veremos en las

formas de gobierno que se suceden, como en las doctrinas eclesiásticas sobre el gobierno del universo, al mismo genio mitológico y mecánico devorarse en cierto modo al atravesar la misma serie de violentas ilusiones y de violentas reacciones. Solamente en el dominio religioso querría seguir las peripecias que le han llevado á una especie de desesperación. En cierto momento, cuando la sociedad pagana se encontraba en el extremo de los recursos y de los remedios, Roma y Grecia se dejaban ganar por una religión enteramente extraña á sus costumbres intelectuales y morales. Apenas se hicieron cristianas de nombre, el cristianismo empezó á desprenderse en ellas de la primera idea de que había sido expansión suprema. Desde luego se ve marcada tendencia á relegar á lo lejos el Jehová, que es á la vez el Dios de los seres que sienten y de las cosas sensibles. Lo que atrae á los paganos y tiende á ser el centro de su fe, es la idea de un mediador concebido como una personificación de la bondad única de Dios y por el cual puede escapar el hombre á la necesidad de someterse á las leyes del soberano legislador.

Creo que todos están demasiado habituados á suponer que esta es la esencia del mismo cristianismo. El Nuevo Testamento, por el contrario, nos representa al fundador del cristianismo declarando que no viene á borrar una sola jota de la ley, y además nos lo muestra resumiendo allí su doctrina: «Moisés os había dicho: No matarás, no mentarás, no desearás lo que pertenece á tu prójimo; yo os digo: Ama á Dios padre de todos los seres, y á tu hermano; toda la ley consiste en esto.» En realidad, aquí había más de la ley, porque estos dos preceptos significaban que no basta abstenerse de las acciones malas, sacrificando la voluntad por temor al castigo, sino que exigían que cada cual tuviese las buenas voluntades que engendran mil veces más acciones buenas de las que ninguna ley podría mandar. Páreceme que bajo el nombre de fe, de gracia, de salvador, de redención, el Nuevo Testamento no enseña otra cosa que un medio de regeneración moral. Anuncia que Dios no se ha contentado con dar á conocer á los hombres lo que exigía de ellos, sino que les ha enviado un ser visible en quien pueden reconocer y por quien pueden recibir el buen espíritu, que, una vez en ellos, les salva del mal dándoles voluntades conformes con las del Todopoderoso.

Pero en el instante en que esta doctrina pasa á las razas que nunca han hecho más que una plegaria: *fiat voluntas mea et non tua*, interpretaron naturalmente las palabras del cristianismo por sus propios pensamientos. Como consecuencia de esto, desaparecen y quedan invisibles para los paganos cristianos la idea del mal espíritu que hace inevita-

bles las malas voluntades y la de la salvación por una regeneración moral. La Grecia, por su parte, se abandona á su inclinación metafísica, y no piensa más que en discurrir sobre la naturaleza intrínseca de Dios. Lo mismo que en el pasado, está decidida á verlo todo, á representarlo todo, y á persuadirse, por las representaciones de su imaginación, de que es capaz de ver hasta lo invisible; y esta metafísica imaginativa devora ya en Orígenes y en Clemente de Alejandría lo que formaba la esencia común del judaísmo y del cristianismo. En efecto, el indio no tenía la teología especulativa, y ni se permitía formarse imágenes intelectuales, ni tallar imágenes materiales de Dios. Por decirlo mejor, su Dios estaba fuera de las cosas visibles y *dentro* del hombre, siendo el indefinido impulso que sentía obrar en el seno de su ser; era en cierto modo su misma conciencia, su manera de confesarse que había sido hecho tal como era, sin su participación, y, sin que él fuese la causa, surgían en él voluntades que, á pesar suyo, atraían sobre su cabeza consecuencias terribles. De lo blanco á lo negro, de lo pasivo á lo activo, no hay más distancia que entre este sentimiento, que era toda la religión de la Judea, y lo que le sustituye la inteligencia griega. Bajo la varilla de su metafísica, Grecia transforma á Jehová, el Dios viviente, en un hecho puramente externo. La necesidad suprema que no se deja sentir en nuestros pensamientos, como en nuestras sensaciones, se convierte en un agente que obra sobre nosotros, pero no en nosotros. La verdad religiosa no es más que un conocimiento por adquirir, una justa definición de lo que existe fuera de nuestra conciencia como de nuestra experiencia.

El instinto militar y dominador de Roma elimina muy pronto el otro elemento del judaísmo. Roma poseía lo que faltaba á Grecia, la noción de un deber público; tenía el instinto social, la razón legislativa; pero su voluntad se dirigía por completo hacia los resultados exteriores y su razón solamente se aplica á inventar los mecanismos ejecutivos que mejor pueden obligar al individuo á practicar, á despecho de sus tendencias y de sus impotencias, el sistema de conducta que ella misma juzga más ventajoso á la comunidad.

Tu regere imperio populos, Romane, memento.

La Roma cristiana recuerda bien que la iglesia se sustituye á la vez á la moral y al sentimiento religioso. La fe en la soberanía inmediata de una potencia que mira á los pensamientos, es reemplazada por la fe en una autoridad eclesiástica que ha recibido por misión ser la única que dicte la ley sobre la tierra. La conciencia de una necesidad invisible y omnipotente ante la cual ninguno puede subsistir sino es conformándose á sus voluntades, reemplázase por una legislación que solamente impone

actos, y que por este medio deja á cada cual la libertad de permanecer egoísta por sus móviles. En una palabra, la conversión moral desciende bajo el horizonte, y al mismo tiempo que la religión se concentra en la obediencia á la Iglesia, la teología se transforma en un conjunto de promesas y amenazas, en una nueva especie de doctrina que se dirige á los deseos y á los temores para decidir á los individuos á hacer el sacrificio de su razón y de su conciencia, así como el de sus apetitos.

Sabido es que el catolicismo no ha salido del camino á que le arrojó la Roma anterior á los bárbaros, y sabido es también hasta dónde le ha conducido este camino. La autoridad había ordenado primeramente las creencias, y ha servido á la causa del progreso moral durante el tiempo en que ha podido ofrecer una concepción de lo verdadero y del deber á seres que solamente tenían inclinaciones; pero cuando los espíritus se han sublevado, la Iglesia, con su fe romana en la omnipotencia de los Mandamientos, ha llegado, por el contrario, á ordenar la renuncia de toda creencia personal, y al tomar este partido se ha visto en la necesidad de tomar otro. Por el solo hecho de separarse de las inteligencias, ha tenido que buscar su punto de apoyo en las masas incultas y en los instintos no razonables que se ocultan bajo la razón de los hombres más inteligentes. Así también ha sancionado, erigido en dogmas formales, gran número de antiguas tradiciones que en su tiempo sólo fueron ingenuas ilusiones de una credulidad susceptible de curación. Lo que en definitiva está perfectamente concluido es un sistema de dirección que, para otros fines que los del positivismo, emplea un método análogo al suyo, porque todos los órganos de que se ha armado tienen por objeto alejar á los hombres de las malas decisiones prácticas, llevándoles á no tener otro cuidado que el de cumplir por interés lo que les está mandado por autoridad, que es la que mejor conoce las consecuencias de las cosas.

IV.

También el protestantismo está muy lejos de haber roto con la tradición greco-romana, y en muchos puntos hasta es una prueba más convincente del imperio que esta tradición ha conservado sobre las inteligencias, y lo es en el sentido de que habiéndose declarado contra ella, no ha conseguido sustraerse á su imperio. Sin embargo, nada más completo que la revolución moral de que salió la Reforma. Considerándola en su origen y en su objeto, indicaba claramente que se había sobrepuesto una facultad nueva. Si Lutero había cesado de creer en los medios materiales de expiación y de propiciación, esto consistía en que había mirado dentro más bien que fuera, porque, en vez de preocuparse

de lo que es necesario hacer, le había dominado el sentimiento de que la salvación ó la pérdida del hombre depende de un no sé qué que obra en él, que es él y que determina todas sus acciones. De esta manera casi había invertido la religión. El medio de salvación se había espiritualizado: consistía en una fe, es decir, en una convicción del espíritu y un sentimiento de la conciencia que arrastran necesariamente una transformación de la voluntad. Pero siempre resulta que el mismo reformador se había desprendido mal de las costumbres intelectuales del pasado, y que, en su propia teología había dejado abiertas puertas peligrosas por las que debía entrar después el antiguo paganismo. Muy dominado aún por el temor, ó, si se quiere, por la necesidad de escapar de un temor insostenible para su activa naturaleza, había casi reducido la doctrina del cristianismo á un solo dogma de perdón gratuito por la fe, y de esta manera dejó demasiada libertad al individuo para concretar su propia religión al solo deseo de asegurarse una ventaja por medio de una fe que cada cual debía ser más ó menos libre de entender según su temperamento. Por otra parte, para explicarse el nacimiento ó no nacimiento de esta fe, cuya vital importancia sentía su conciencia, solamente encontró una reminiscencia pagana. Por su manera de comprender la predestinación, quedó, como también quedó Calvino, en la vieja idea de un *fatum* exterior que por decretos decide lo que debe ocurrir á los hombres, sea el que quiera su estado moral.

De aquí el doble destino del protestantismo. Gracias al genio organizador de Lutero, gracias al afortunado equilibrio que existía en él, entre su repulsión á la dictadura espiritual y su repulsión al desorden del anabaptismo, la Reforma ha podido fundar las grandes Iglesias nacionales que se han mostrado á la vez capaces de desarrollar la conciencia moral de los hombres y de mantener entre ellos un lazo social. En realidad, la doctrina luterana conciliaba el progreso del individuo y las exigencias de la comunidad. Al mismo tiempo que reconocía para cada uno la necesidad de un convencimiento personal y el deber de escuchar en su propia conciencia la voz del Espíritu-Santo, no admitía la inspiración inmediata ni directa. Quiero decir, que contenía el fanatismo y la extravagancia, enseñando que el Espíritu-Santo obra solamente por la mediación de la Biblia y los Sacramentos, y que la verdad, cuyo sentimiento íntimo solamente él puede dar, es la misma verdad que una vez por todas se anunció en el Evangelio. De esta manera, las grandes Iglesias habían podido organizarse una base determinada, y durante mucho tiempo resolvieron bastante bien el problema práctico. Al estimular los espíritus y las conciencias, evitaron á los

individuos volver á caer en la superstición, impidiéndoles acomodar á las inspiraciones propias de su temperamento su concepción de las leyes universales de la necesidad y del deber.

No es ménos exacto que las Iglesias nacionales se constituyeron sobre una doctrina que aún era pagana por un lado, y, pasados los primeros fervores, cayeron por este lado en la consecuencia natural del paganismo, degenerando en un dogmatismo autoritario que avasalló otra vez las conciencias. La idea luterana, que la fe que salva resulta de un decreto como el del destino antiguo, ha mantenido, por la religion misma y por su influencia en las imaginaciones, la antigua costumbre intelectual de representarse todo lo que el hombre puede experimentar como efecto directo de un contrario exterior. Después de los creyentes, que habían sentido su propia creencia como resultado de una inexplicable necesidad que obraba en ellos, han venido los razonadores que, queriendo comprender, han partido de la hipótesis pagana, por la que Lutero se había dado cuenta de su irresistible sentimiento. Para ellos, ya no se trataba del Dios de los vivos, que determina los pensamientos de los seres pensadores, al determinar su manera de ser. La teología oficial ha vuelto sordamente al Dios potentado, al dictador que decide de antemano el fruto que cada árbol debe producir; la religion se ha transformado en una ortodoxia, en una definición oficial de lo que todos deben tener por verdadero, independientemente de su propia conciencia.

Como *ilustración* de este dogmatismo y como indicio también de la acción que la teología de las iglesias ejerce sobre la razón laica, mencionaré una polémica que ocupa en este momento á la prensa inglesa. Bajo el título de *La Religión sobrenatural*, aparecieron en 1874 dos volúmenes, que ya se encuentran en la quinta edición, y que, según dicen, se deben al sobrino de un teólogo muy conocido por sus tendencias casi católicas. En todo caso, las negaciones del escritor no son más que el contrapeso del mismo espíritu cuyas afirmaciones ataca. No trato de negar la importancia de las cuestiones históricas que discute; pero, á mi juicio, lo más digno de notarse en esta polémica es el terreno á que se ha llevado, con consentimiento de todas las partes, comprendiendo en apariencia al público. El adversario de lo sobrenatural acepta el combate como lo han propuesto dos de los más célebres *Bampton lecturers*, es decir, por dos de los principales teólogos que, según los términos de una fundación *Bampton*, están llamados á pronunciar una serie anual de discursos sobre las evidencias del cristianismo. Los dos campeones á quienes aludo son el Dr. Mansel — discípulo de sir W. Hamilton y editor de sus obras—y el Dr. Moseley. Los dos, con

otros muchos dignatarios de la Iglesia anglicana, se dedicaron á defender su teología presentando al cristianismo como una pura doctrina metafísica apoyada en milagros. El autor anónimo dedica muchos artículos á demostrar que los dos doctores han tenido plenamente razón; que en efecto, el cristianismo no es otra cosa que un conjunto de afirmaciones relativas á lo que existe y á lo que pasa más allá de nuestra experiencia íntima y más allá de la experiencia de nuestros sentidos, y que cae ó subsiste todo entero con la autenticidad de los milagros, que son sus únicos títulos de credibilidad.

De esta manera se ponen de acuerdo la anti-teología y la teología para no sospechar lo que es una creencia, y admiten á la par que las creencias cristianas, que en todo caso han tenido fuerza para remover el mundo, no eran más que opiniones adoptadas á consecuencia de otra opinión. Para el racionalismo, que niega lo sobrenatural, como para la ortodoxia, que lo defiende, la verdad de que depende nuestro destino es siempre el conocimiento de lo que es y obra fuera de nosotros, y todas las ideas, más aún, todas las voliciones de los seres pensadores son únicamente imágenes de objetos exteriores que entran en ellos por sus ojos ó por sus oídos. De todas maneras, concluyen las dos partes, el hombre no es nada por él mismo; su misión se reduce á averiguar si se debe aceptar tal testimonio con preferencia á tal otro; si el derecho de formarle las opiniones que á su vez han de formar las voliciones pertenece á las cosas reales como se las representan los sentidos, ó á las mismas cosas tales como se las representan sus profesores de ciencia, ó á otras cosas relatadas por sus maestros religiosos. También por consentimiento de ambas partes, nuestro único recurso es remitirnos al gran juez Razón, cuyo oficio especial es comprobar impasiblemente las evidencias, y declarar al tribunal de la voluntad en qué condiciones tiene legalmente autoridad un testigo para presentar como auténtica una relación de hechos que el mismo tribunal no ha podido ver con sus propios ojos.

Hé aquí donde se encuentra la extrema derecha de las grandes iglesias que han conservado el sentimiento de las condiciones de la vida social, y hé aquí también á donde va más ó ménos próximamente, en las iglesias reformadas en general, el partido del buen sentido y de la experiencia. Mientras el fervor de los fervorosos se abandona á esperanzas místicas, los que no pueden compartir estas esperanzas, los que tienen la prudencia de sentir que los hombres no encuentren en ellos mismos el sentimiento de todas las verdades, que es peligroso desconocer, se encuentran muy inclinados á lanzarse hácia los antiguos sistemas de dirección. En vez de decirse que se trata de dar desarrollo á

los espíritus, prefieren decirse que lo más prudente es enseñar estas útiles verdades por una doctrina, y acostumar de nuevo á los individuos á creer por pura confianza en una autoridad. ¿Es posible darse una creencia eficaz por la sola idea de que debe uno entregarse á una autoridad que la recomienda? Páreceme que los teólogos, como los sabios, piensan muy poco en hacerse esta pregunta. Y entre tanto, veo en el seno de las grandes iglesias una masa creciente de ritualistas y de sacerdotalistas muy ocupados en restablecer pompas, ritos ó dogmas á propósito para impresionar á las masas por la imaginación, para inclinarlas mejor á depositar su criterio propio en manos de un director espiritual.

En cuanto á la otra sección del protestantismo, el escollo en que ha tropezado es aquel á que se acercaron demasiado los primeros reformadores concediendo demasiada extensión al dogma del perdón gratuito por la fe. Desde el principio, el calvinismo de los países latinos se mostró más radical que el luteranismo; dejó menos espacio á la tradición, á las liturgias, á las instituciones eclesiásticas, é implícitamente, sino explícitamente había ensanchado la parte correspondiente al individuo. El peligro de este misticismo latente se conjuró primero por la fuerte organización que se dieron las Iglesias presbiterianas en los días de su robusta fe; pero en Inglaterra, donde el calvinismo sólo ha sido una secta disidente, y en los demás países donde solamente existe en el estado de grupos disgregados sometidos al régimen del sufragio universal, el exagerado individualismo que predicaba ha adquirido completo desarrollo. Han surgido en considerable número de Iglesias que se han aislado para abandonarse más libremente en el sentido de sus inclinaciones, y principalmente para ser más libres en creer, como los primeros cuáqueros, que las escuelas humanas, las formas determinadas de oración, las precauciones terrestres, en una palabra, eran las únicas que impedían tener todos los individuos al mismo Espíritu Santo por Señor. Es decir, que las sectas disidentes han sido tan optimistas con relación al individuo, y tan pesimistas con relación á la prudencia general, han fundado tan bien, no la libertad,—que es excelente,—sino el dejar hacer sin tradición, sin educación común, que las ideas religiosas no han podido menos de caer aquí y allá bajo el imperio de los sentimientos de interés personal y de las ilusiones de imaginación, que son los únicos datos que las mayorías incultas encuentran en ellas mismas.

Actualmente, bajo el imperio de las doctrinas del día, esta confianza en el individuo ha producido un idealismo de teólogos que se confunde con el liberalismo y el radicalismo políticos. En algunos es una especie de furierismo desorganizador. Pretenden hacer cesar las divisiones abrogando todo de-

ber, todo compromiso, aboliendo los sínodos, las confesiones de fe, proclamando la soberanía de cada comunidad en lo espiritual, ¡qué digo! de cada pastor una vez elegido, y empleando la fuerza de las leyes para hacernos un mundo de moléculas disgregadas que no tendrían más que la fe en un Dios y en un deber concebidos por cada cual, según le conviniese. En otros, este anabaptismo es más místico; conoce que los individuos necesitan que se les esclarezca; pero porque la sabiduría colectiva ha sido falible, impone con los ojos cerrados que el individuo debe ser infalible, y que no pueden menos de adquirir toda la verdad completa con tal de que la sociedad no haga nada. Por lo demás, no le cuesta trabajo inventar una mitología para persuadirse de lo que desea. Dícese que la verdad eterna es inconcebible para el hombre, pero que se ha objetivado, personificado, y que viene á encontrarnos como un objeto sobrenatural, sensible, para entrar en nosotros por una especie de sensación espiritual. Siempre la salvación por la renuncia á toda teología.

Por lo demás, el luteranismo, y, sobre todo, el anglicanismo, han dado origen á otro misticismo, bastante más práctico sin duda, que se dirige mucho menos á la sed de independencia y mucho más á las mejores aspiraciones morales, pero que, en sus medios de acción, no está desgraciadamente á la altura de sus intenciones. Refiérome al pietismo, ó, mejor dicho, al metodismo, que es el pietismo militante, el pietismo *rogando, queriendo y obrando*, el pietismo con la fe de los ingleses en la voluntad, y su tendencia á la monomanía. Interesante capítulo podría escribirse sobre la obra religiosa de Inglaterra. Ninguna nación se ha mostrado más generosa que ella, más celosa por acudir en auxilio de las necesidades morales y físicas de todos los pueblos, y sus disidentes no han sido los menos fervientes en pagar con su persona y su dinero. En París, en nuestros barrios populares, hace mucho tiempo que establecieron reuniones nocturnas, en las que, en mal francés, se hacía inmenso gasto de buena voluntad para combatir el repugnante cinismo que se alberga en el fondo de la sociedad y al que la ignorancia alienta para los sueños más insensatos; pero si se atiende á los procedimientos que el inagotable celo de Inglaterra ha empleado en sus misiones y propagandas, queda uno desolado, sufriendo la impresión de no sé qué ténue y agresiva estrechez. El creyente, devorado por el deseo de hacer el bien, es esclavo de una idea fija que le persuade de que su primer deber es limitarse á repetir escrupulosamente ciertos versículos de la Biblia y á hacerlos aprender de memoria hasta á los niños más pequeños. Creería que se revelaban contra Dios si se permitiesen presuntuosamente añadir

algo á las palabras de texto y si procurase por sí mismo el desarrollo del espíritu de sus oyentes. Por sus sentimientos y voluntad, Inglaterra ha tenido el genio de utilizar hasta los instrumentos más pequeños y de conseguir notablemente hacer penetrar en los caracteres un sentimiento fijo del deber. Por su inteligencia, ha tenido el defecto de achicar las grandes doctrinas, no sirviéndose de ellas más que para un fin utilitario é inmediato. Ha inventado el metodismo y el ritualismo, y por medio de estas dos interpretaciones trabaja con todas sus fuerzas en ahogar el protestantismo especulativo, el que era un esfuerzo de la conciencia para abrazar en su conjunto la naturaleza del hombre y su posición.

En este momento aún, mientras el ultramontanismo procura reconquistar la Francia por peregrinaciones y universidades libres para enseñar el *Syllabus*, se ha verificado á pocas leguas de nuestras costas una agitación religiosa de las más significativas. Esta vez ha recibido Inglaterra en vez de dar. Su metodismo, después de emigrar á los Estados Unidos, y de haberse transformado en esta patria del dejar hacer absoluto, ha vuelto á la suya, y hace ya dos años que tres misioneros laicos americanos se dedican con sobrehumana energía á despertar los Reinos Unidos como ántes despertaron su propio país; pero ahora se trata de cosas desconocidas al público, y mejor es pintar que explicar. Veamos, pues, este nuevo metodismo en el trabajo. Podemos observarle en Lóndres ó en Manchester, en Brighthon ó en Glasgow, en Irlanda ó en Alemania, porque también ha intentado llevar sus predicaciones á Alemania y hasta á Francia. En todas partes, exceptuando el número variable de los oyentes, encontramos las mismas escenas. Nada para los sentidos y nada tampoco para la inteligencia; ningún rastro de liturgia, de tradición eclesiástica, de clero regular; la inspiración del fervor individual es todo. Como lugar de reunión, un cobertizo ó tiendas de campaña, una vasta sala construida expresamente á expensas de los fieles, ó también un teatro, donde se verifican reuniones de 12.000 personas dos veces por día. Sobre un estrado, un Hércules de fe y de voluntad que magnetiza estas enormes multitudes, que se esfuerza con los efluvios de su fervor en darles una especie de sensación asustada de su malicia oculta y de su impotencia para sanar. Solamente se dirige al remordimiento, al sentido moral, y después de largas predicaciones repletas de *experiencias*, según dice, llenas de confesiones íntimas, de relatos anecdóticos, exclamará de pronto: «¿Acaso no hay nadie aquí que quiera recibir en este mismo momento el don de Dios y ser salvo?» Ó dirá solemnemente: «¿Cuál de vosotros se siente pecador y desea que se ruegue por él?» Continúo citando tex-

tualmente una relación. Al fin se levanta uno de los asistentes cubriéndose la cara con ambas manos. «¡Hé aquí uno! exclama solemnemente el misionero; ¡gracias á Dios por él!» En seguida se levanta otro y después otro. «Cristianos, continuad rogando, prosigue la voz; otro más, Jesús pasa, jamás tendreis otra ocasión.»

No debe pensarse que los hombres que obligan de esta manera á los exaltados ó á los tímidos á levantarse uno á uno, no sean más que fanáticos vulgares. Son hombres prácticos y muy sensatos bajo muchos conceptos; hombres poseídos por un sentimiento muy exacto de la barbarie sin fe ni ley que se perpetúa en el seno de las multitudes. «¿Cómo llegar á las masas?» se leía al frente de un *llamamiento* publicado por el más célebre de los tres americanos, M. Moody. Y, ciertamente, el autor merecía ser escuchado cuando contestaba: «Importa hacer circular esta pregunta de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de corazón en corazón. Que cada hombre, que cada mujer comprendan que la pregunta atañe, no á los pastores, no á los ancianos, no á los diáconos, sino á él, á *ella*. Yo puedo pagar á un hombre para hacer un trabajo; pero *mi* tarea me pertenece, no puedo pagar á nadie para que la desempeñe en lugar mio.» Ciertamente es que en cuanto á los medios de ejecución, el autor solamente encontraba esto: «Pídeses á grandes gritos algo nuevo, digamos mejor, la verdad. ¡Pues bien! ofrezcámosles la verdad. Si no podemos conseguirla por los antiguos métodos, la línea de conducta sensata es evidentemente ensayar otros nuevos. Y si el nuevo *cebo* no tiene buen éxito, ensayemos otro y después otro, *hasta que hayamos encontrado el cebo que triunfa.*»

Muy bien: la experimentación, el puro método de la experimentación positiva, pero con el convencimiento previo de que debe existir un medio mecánico para producir un resultado moral, sea el que quiera. En este caso tenemos enfrente de nosotros experimentalistas que quieren que los hombres tengan en ellos, no el conocimiento positivo de la generación de las cosas, sino la santidad. ¿Y á dónde llegan por estos procedimientos? ¿A dónde llegan, por lo ménos, algunos de entre ellos? Sencillamente á reproducir bajo distinta forma el ascetismo de la Edad Media, y su sueño de perfección sobrehumana por la abdicación personal.

Además, la nueva esperanza se justifica ahora también á nombre de la experiencia. Cuando se pregunta á estos apóstoles de la santificación instantánea por la renunciación cuál es su teología, creen ser humildes contestando que no tienen ninguna. Al oírles, su convencimiento es independiente de toda teoría, de toda doctrina humana que podría ser errónea; es asunto de *experiencia*. Saben, por

haberlo experimentado personalmente, que las cosas suceden como ellos refieren. Es decir, que si niegan (tanto como el positivismo) tener una teología, pretenden, por el hecho mismo, tener derecho á asegurar (como el positivismo hace también) que sus ideas son más que ideas, que son la expresión auténtica de un hecho real, de un hecho que tiene intrínsecamente el poder de darse á conocer tal como es. ¡El arte de conocer los hechos en sí! Si, esto es lo que los sabios y el misticismo de nuestros días buscan igualmente, ó, mejor dicho, lo que creen igualmente poseer, y esta agradable certidumbre tiene el mismo origen en los unos que en los otros, atribuyéndosela por la propia inconsciencia de lo que pasa en ellos. No se aperciben de que su misma inteligencia implica una teoría latente; no sospechan que sus maneras de percibir son al mismo tiempo maneras de explicar, y creen ver en los hechos mismos lo que en realidad no es otra cosa que una explicación nacida de su teoría inconsciente. Los místicos saben á ciencia cierta el cambio que se ha verificado en ellos. ¡Sea! ¡Pero saben igualmente á ciencia cierta cómo se ha verificado este cambio? De ninguna manera. Estaban decididos de antemano á creer que toda conversión no puede ser más que efecto de una presión repentina ejercida por la Omnipotencia, y únicamente por consecuencia de esta concepción el hecho de su conversión les parece resultado de la prueba de una especie de operación perpetua, cuya propiedad es producir en cualquier hombre un resultado semejante.

Tal es exactamente el procedimiento de nuestros sabios. Creen previamente que nuestras concepciones sólo pueden ser efecto de vibraciones impresas á nuestros sentidos por fuerzas inherentes á la sustancia sensible, y esta metafísica, de que no tienen conciencia, es la única que les lleva á creer que por la ciencia física pueden llegar á conocimientos positivos independientes de toda metafísica.

V

Creo que no tengo que excusarme por haber analizado tan escrupulosamente lo que para nosotros es más desconocido, más incognoscible sobre todo, que las religiones de que jamás hemos oído hablar, á saber, las ideas religiosas que nos han formado á nosotros mismos y las de nuestros vecinos, que las costumbres de espíritu engendradas por nuestra educación, nos hacen tan antipáticas como incomprensibles. Muchos consideran estas creencias como los restos de un pasado que se va; pero las teologías más muertas, las teologías de la Asiria, de la Persia, del Egipto,—sin hablar de las de los salvajes,—son la idea fija de nuestra época. Solamente encuentro tratados sobre las mitologías

comparadas, obras sobre los cuentos de hadas, que son los fantasmas de las religiones extinguidas, y, en verdad, nuestros mismos libros de historia, nuestros estudios sobre las legislaciones, las lenguas, las literaturas, no son más que otras tantas tentativas para descubrir, bajo todas estas formas, las teologías que los han engendrado. Nuestra época ha entrevisto lo que el siglo XVIII no sospechaba. Este siglo era ingenuo, tomaba sus propias ideas por verdades eternas, eternamente evidentes para una razón natural inherente al hombre. En cuanto á las religiones y á las morales de las iglesias, solamente veía supersticiones contra la naturaleza que tenían por única causa ciertas supercherías sacerdotales. A sus ojos, nada tan fácil como deshacerlas; bastaba dirigirles un soplo. Hoy no se cree ya en esta facultad innata y común de ver cara á cara las verdades siempre verdaderas, y se sabe al menos que no es tan fácil destruir las religiones. Mas aún á aquellos mismos que las consideran como el principio de un error que importa extirpar, les domina por el contrario, el sentimiento de que han nacido del fondo mismo de la naturaleza humana, y que podrían ser muy bien el producto necesario del pensamiento. Por esta razón precisamente el radicalismo de nuestra época propone desembarazarnos de ellas, desembarazándonos de nuestro mismo ser pensador.

Creo no haber salido de lo que importa á nuestra época, tratando de determinar la longitud y latitud de las Iglesias. Cualquiera que sea la suerte reservada á sus doctrinas, pareceme que en todo caso nos dan útiles nociones sobre el estado general de los espíritus. Nos enseñan, en primer lugar, que el positivismo, como decía al empezar, no es una inversión de la tradición eclesiástica, que más bien es la continuación del mismo paganismo romano y de la misma desconfianza hacia el pensamiento que ha encontrado en el ascetismo y el *Syllabus* una de sus expresiones más completas. Nuestro viaje nos ha permitido además ver que, bajo el dogmatismo de la alta Iglesia anglicana, bajo el radicalismo del protestantismo liberal, bajo el idealismo de las pequeñas Iglesias calvinistas, se ocultaba algo más ó menos análogo á lo que habíamos encontrado en el positivismo y el catolicismo. En fin, el misticismo del despertamiento ha acabado de manifestarnos que, en los espiritualistas, como en los materialistas y hasta en los herederos oficiales de las antiguas instituciones de la conciencia, la inteligencia de Europa no ha podido desprenderse de las maneras romanas de pensar. Los deseos son diferentes; unos colocan sus esperanzas más allá de la vida; otros creen poder conseguir desde aquí bajo la satisfacción; éstos aspiran á la santidad ó á la verdad; aquellos á la libertad ó al conocimiento

positivo de las cosas; pero detras de deseos divergentes solamente existe uno solo é idéntico espíritu, el viejo espíritu que ha admitido siempre que nuestro destino dependía únicamente de las cosas exteriores, y que se ha obstinado en buscar en las ciencias de las cosas exteriores el arte de procurar las cosas deseables. En el momento presente, en todas las escuelas á la vez, este espíritu termina su novela por el ascetismo utilitario que en todas partes ha sido, con el libertinaje, el último capítulo del paganismo. Despues de haber creído sucesivamente en los sentidos, en la razon, en la teología, parece en la actualidad exhausto de recursos; sabe, especialmente despues de la revolucion francesa, que los individuos no poseen más que el clero el don de percibir la verdad perpetua; estaba reducido á la confesion de que la *natura naturans* es tan invisible para la razon especulativa como para los ojos, y á falta de poder enmendar sus inveteradas maneras de pensar, hace lo que hizo en Grecia en tiempos de los sofistas y de los escépticos: se revuelve contra el pensamiento mismo decidiendo que es éste el que debe desaparecer. Léjos de aceptar al fin el hecho de que los séres vivientes tienen sus leyes propias, y que todas sus concepciones, sus voluntades, sus percepciones, son resultados de sus propias funciones; léjos de concluir que, para evitar los errores en que hemos caido, es necesario rectificar y extender más y más nuestra concepcion de la *natura naturans*, proclama con despecho que, desde el momento en que lo absoluto no puede ser percibido tal como es, lo más prudente es dejarlo en su sitio, no perder nuestro tiempo en formarnos una idea cualquiera de él y no hacer más en adelante que buscar un medio hábil para obtener directamente de fuera lo que más deseamos, ó la santidad perfecta ó el perfecto conocimiento de las cosas.

Eritis sicut dei scientes bonum et malum, escribía Mefistófeles en el cuaderno del estudiante. ¿Queréis ser más que hombres? nos dicen á porfia el misticismo y el positivismo; cesad de ser hombres. Arreglaos para desprender vuestras voliciones de vuestra creencia; ahogad en vosotros vuestra conciencia, vuestra necesidad de explicar todo lo que estais sujetos á experimentar, como tambien vuestras irresistibles tendencias, y nosotros nos encargamos del resto. Os indicaremos el sortilegio por el que podeis recibir milagrosamente la santidad sobrehumana, ó el método positivo por el cual podeis procuraros conocimientos que no procederán de las cosas, y que, por lo mismo, serán su infalible fotografía, tanto, que será la naturaleza misma de las cosas la que os dictará, á despecho de vuestra propia naturaleza, lo que debeis hacer para asegurarnos de las cosas útiles. ¿Pero esto es posible? La

ciega voluntad de nuestra raza no mira hácia este lado; está resuelta, á despecho de su destino, á no buscar más que su propia satisfaccion. Falta saber cómo el positivismo ha conseguido formarnos verdaderamente una ciencia independiente de toda teología y de toda metafísica.

J. MILSAND.

BOSQUEJOS MÉDICO-SOCIALES PARA LA MUJER.

UNA LLAGA SOCIAL.

La prostitution est une maladie publique: en decrir les symptomes et en etudier les causes, c'est en preparer le remede.

Dufour, Hist. de la Prost.

I.

Aseguran todos los que meditan algo sobre el pró y el contra de la vida humana; que ésta decrece á medida que las sociedades refinan sus progresos y explotan los maravillosos adelantos de la industria para su más perfecto bienestar.

Semejante juicio envuelve una verdad que se reconoce sin precision de hojear las páginas de la historia, pues cualquiera comprende que, en épocas primitivas, ó sea cuando la especie humana debía agitarse en las primeras etapas de la civilizacion, y la vida era tan independiente como patriarcales las costumbres de las familias, los padecimientos del cuerpo debían ser tambien muy reducidos y subordinados á causas meramente naturales.

Nacida entónces la criatura sobre las bondades de un suelo virgen; criada fuerte y vigorosa porque disfrutaba de alimentos sanos y aires puros; ocupada de preferencia en labores agrícolas y ejercicios agrestes que robustecían su cuerpo; modesta en ambiciones; sobria en necesidades y limpia de vicios, preciso era que su constitucion reflejase la fortaleza de aquellas selvas vírgenes, cuyos encantos podía disfrutar á todas horas; que fuesen menores las causas de su enfermedad, y mayor, como rigurosa consecuencia, su longevidad probable.

Pero transcurre el tiempo; las familias se unen para vivir en sociedad; el hombre levanta ciudades que le emancipan de la vida campestre; brotan con los progresos de la industria insaciabiles deseos, que despiertan infinitas ambiciones; muchos descuidan completamente su físico para entregarse á tareas mentales; surgen del concurso multitud de vicios y goces, y las generaciones languidecen; los hospitales se llenan de numerosos dolientes, cada uno de los cuales aqueja una enfermedad especial,

y los manicomios alojan seres eliminados de la comunidad, que tienen rota la máquina de su inteligencia por hondas cavilaciones ó catástrofes civiles.

El hombre ya no muere siempre; muchas veces se suicida.

Desde pequeño compromete su organismo en una lucha donde despliega todo el poder de sus torpes instintos, afanoso en ocasiones de vivir mucho en poco tiempo, hasta que concluye entregando á la tierra un cuerpo joven todavía, pero enjuto y abrasado por el fuego de los placeres y de los dolores.

Persuadido de esta verdad el médico; viendo cómo aparecen incesantemente nuevas y nuevas enfermedades, que en su mayor parte llevan el precinto que acredita su legítima procedencia de los vicios y errores humanos; viendo que, por lo común, el hombre de los grandes centros es un débil juguete de miserables ambiciones y ciegos devaneos, que le arrastran, á su pesar, como un turbio arroyuelo arrastra las hojas secas que se desprenden del árbol bajo cuya sombra corre, y como un misterioso vértigo atrae hácia el fondo de un abismo al infeliz que se aproxima á sus bordes; se siente profundo desaliento para combatir los extravíos de la humanidad, seguro de la completa ineficacia de todo género de lamentaciones.

¿De qué sirve que el médico se afane por descubrir las causas de infinitas enfermedades, si la humanidad desprecia sus consejos?

¿De qué sirve que el químico arriesgue su vida interrogando á enrojados crisoles y delicados tubos los elementos componentes del organismo, ni que el micrógrafo consulte al través de amplificadoras lentes esos invisibles escenarios donde bullen los primeros misterios de la vida, ni que el fisiólogo sacrifique infinitos animales para hojear en sus palpitantes y sangrientas visceras el código que rige la materia organizada? ¿Lograrán con eso apartar á la sociedad del camino de su perdición? ¿Podrán jamás impedir que la enfermedad arrebathe al joven aniquilado por sus vicios, y que las pasiones abandonen la esfera de su razonable evolución?

Decididamente no.

II.

Hé aquí, ligeramente apuntadas, una serie de reflexiones que embarazan nuestro ánimo desde que hemos hecho el propósito de escribir sobre una llaga social, cuyos horrorosos desastres sólo el médico puede justipreciar, porque sólo él es el testigo llamado para conocerlos, ya que muchas veces le sea imposible corregirlos.

Nos referimos á la prostitución con todas sus consecuencias; tema delicado como pocos, pero que procuraremos desenvolver conservando enhiesta

una bandera que tenga por lema *higiene, pudor y moralidad*.

Mucho sentimos que la naturaleza de nuestro trabajo nos obligue á dejar las puras y serenas regiones de la virtud para revolvernos entre el cieno y las tempestades del vicio; sin embargo, es inevitable, porque aquí principalmente se elaboran infinitas enfermedades que carcomen á esa decrepita juventud, que constituye el objetivo principal de nuestro estudio.

Por esta razón, después de tratar en el artículo anterior algunas de las numerosas causas que agostan con el cálido soplo de la tisis á millones de criaturas, estimamos oportuno escribir ahora sobre ese afrentoso desorden, seductor y placentero como ninguno, pero como ninguno también penitente, pues entre sus averiados despojos aparecen destrozadas las palabras *salud, honra, familia y sociedad*.

Vamos, pues, adelante.

III.

La palabra prostitución, á tenor de lo que sucede con otras muchas, tiene su sentido propio y figurado.

Tomada en este último, su significación es latísima, y se aplica con facilidad á cualquier abuso ó desorden inmoral que ocurra, lo mismo en la esfera de los hechos que en la de las ideas.

Pero prescindiendo de estas diferentes aplicaciones de la palabra, más ó menos acomodaticias según el gusto del que la emplea, y ciñéndonos á su acepción propia, expresa el abandono á la impudicicia.

El Diccionario de la Academia Española dice que prostitución es el acto de prostituirse, dando á este verbo el significado, nada concreto en verdad, de *exposición pública* á todo género de torpezas y sensualidades.

Por más que esta explicación no satisfaga á muchos, la preferimos á cuantas hemos leído en los autores á propósito, y en los Diccionarios extranjeros; pues sin prejuzgar detalles ni circunscribir á precisas aplicaciones la palabra, señala sus principales atributos, entre los cuales miramos como uno de los más importantes la publicidad del pecado.

Admitimos que entre la hermosa concubina del opulento banquero, que rinde sus favores por suntuoso tren y esplendorosa elegancia, y la andrajosa prostituta que vaga por la arboleda solitaria, perdiéndose entre las sombras de la noche como el cazador halcón se pierde entre cárdenas nubes de tempestad, existen lazos de inmediato parentesco; pero la sociedad está obligada á verlas de distinto modo y á guardarlas distintas consideraciones.

No en balde, ni por puro capricho hacemos esta distinción. Entre el deshonor y la prostitución exis-

ten, según nuestro modo de ver, diferencias notorias y que afectan variablemente á la salubridad pública.

La esposa que se deja seducir por impuras pasiones hasta hollar la honra de su esposo, y la mujer libre que subasta su cuerpo á una persona determinada, competen de lleno á los filósofos moralistas, quienes podrán depurar los derechos que concede al individuo su libertad moral.

Aquí procuraré circunscribirme á ese cáncer corrosivo, confiado por completo á los cuidados del médico y á la vigilancia de la policía, único que creo deba ocuparme.

IV.

Tenemos la costumbre (manía, sin duda, de todos los tiempos) de exclamar con aparente asombro, cuando vemos algo que ofende nuestro rubor ó nos disgusta:

—¡Qué desmoralizada está la sociedad! En tiempos antiguos no sucedía eso.

Como semejante exclamación ha pasado á ser un estribillo que todo el mundo suelta, venga ó no á cuento, y lo mismo ancianos que jóvenes, de palabra y por escrito, todos denostan indignados los tiempos actuales como los más licenciosos conocidos, hay motivos para vivir aterrado y casi temeroso de que el Juez Omnipotente, muy ofendido con nuestras relajadas costumbres, nos envíe cualquier día una lluvia de fuego como la que arrojó sobre las corrompidas ciudades de Sodoma y Gomorra.

El tema que nos ocupa ha sido especialmente de los que más han logrado soliviantar el ánimo de las personas honestas, y de muchos escritores que, á falta de otros asuntos, no han desdeñado convertirse en duros críticos, pero reduciendo todo su trabajo á lanzar ofensivos dicitos sobre esas desdichadas que marchitan su existencia entre el fango de serviles lupanares.

Querer desterrar la prostitución es un imposible; querer reducirla por estos medios es perder lastimosamente el tiempo y revelar una ignorancia grave acerca de la historia de la humanidad.

Nosotros comenzaremos rechazando toda quimérica pretensión, pues conocemos algo la fisiología del organismo humano; sus afectos, instintos y pasiones; lo que arrastran sus necesidades y lo que permiten sus virtudes; y desde ahora aseguramos que la prostitución existirá mientras lata con vida la humanidad, del mismo modo que ha existido en todos los tiempos pasados.

Podemos adelantar un poco más, y, aun cuando ofenda á lectoras de susceptible virtud, decir que la prostitución pública es una necesidad social, pues recordando frases del erudito Dufour, autor

de la historia más completa que se ha escrito sobre tan execrable venalidad, representa el guardian inmoral de la moralidad pública.

Esto no lo han dicho sólo los pecadores; algunos santos padres han opinado de idéntica manera, y buena prueba es que San Agustín la compara con esas cloacas construidas en los más suntuosos palacios para recoger los productos corrompidos y asegurar la salubridad del aire.

Hay otro argumento todavía más convincente, y es que, además de subsistir en todos los siglos y en todos los pueblos, los gobiernos ilustrados la han puesto al amparo de la ley, la han concedido legítimos derechos de ciudadanía, y la han sometido á una organización más ó menos perfecta, pero siempre con algunas libertades.

Sin embargo, no porque hayamos hecho esta declaración vaya á sospecharse que sancionamos su existencia, ni ménos todavía que pedimos se respete su libre desenvolvimiento. Muy léjos de esto, la consideramos como una llaga depuratoria del organismo social, rebelde á toda cicatrización, pero que debe ser incesantemente combatida para que no se extienda y ponga en grave peligro la totalidad de aquel.

Perseguirla en sus causas, evitar su propagación y reducirla al mínimum posible para que no dañe al decoro público, es el bello ideal al cual deben aspirar el esfuerzo de los gobiernos y las honestas elucubraciones de los filósofos más optimistas.

Puesta la cuestión en este terreno, que es el único razonable, justo es confesar que, tocante á la prostitución, pocas veces la moral pública ha resplandecido con la pureza que en los tiempos modernos.

Las que se escandalicen de nuestro aserto pueden echar una ojeada sobre las edades antiguas, y opinarán como el autor de estas líneas.

Babilonia, ciudad fundada á orillas del Eufrates en tiempos remotísimos, y que encerraba muchos millones de habitantes en un espacio de quince leguas, tenía un templo erigido á la diosa Vénus, representación ideológica del sensualismo, en donde toda mujer indígena debía entregarse una vez al año á cualquier extranjero, recogiendo como recompensa sagrada los puñados de metal que éste se dignaba arrojarla invocando la diosa Mylita.

Dicho pueblo, cuyas relajadas costumbres espantaron á Alejandro el Grande, vivió en la lujuria más desenfrenada hasta que se apoderaron de él los persas, 331 años ántes de Jesucristo, y destruyeron sus edificios, profanaron sus templos y sus tumbas, derribaron sus murallas y lo destrozaron casi por completo.

Egipto, contagiado con el ejemplo de Babilonia,

levantó en Armenia el templo de Anaitis, al que rodeaba, ocupando vasta extensión, un pueblo consagrado exclusivamente al culto de Vénus, siempre en obsequio á los extranjeros.

Sólo las mujeres del país podían disfrutar de este *distinguido* cargo, cuyo excelente desempeño constituía mérito muy estimado para contraer después un ventajoso matrimonio.

Los fenicios tenían á su vez templos en honor de Astarte en las ciudades de Tyr, Sidon, Heliópolis y otros infinitos puntos.

Chipre tenía su templo de Pafos.

Y así podríamos ir refiriendo los misterios de Menfis, Nínive, Pompeya..., etc.; los ídolos monstruosos, por do quiera repartidos, ante los cuales sacrificaban sus primicias las vírgenes de la India, y los mil libidinosos preceptos, formulados por las religiones paganas, que unas veces se beneficiaban los extranjeros, y otras usufructuaban ingeniosamente sus falsos sacerdotes.

No es esta ocasión conveniente, ni tendríamos espacio bastante, para detallar una historia manchada de torpes lubricidades, que hoy repugna y cuesta trabajo creer. Sólo al médico, al legislador y al moralista, á cada uno por distintos motivos, corresponde conocerla en sus detalles; y esos podrán estudiarla en muchas obras, entre las cuales merecen especial mención los trabajos de Dufour, Rabuteau, Saint-Hillaire, Meursiuss, Musonius, Jacobs y otros muchos.

La enseñanza general que de ella se desprende, única que deben conocer nuestras lectoras, es que todos los países de la antigüedad reflejaban en sus diferentes evoluciones, á la par que el carácter más ó ménos fanático de la época, una corrupción general incomprensible.

Convertido el Oriente en un foco de disolución, pronto se infestó el resto del mundo, y desde la esposa que hacía de su cuerpo impúdica ofrenda de hospitalidad al extranjero, hasta la sacerdotisa que divinizaba el tributo que rendía á sus pasiones escandalosas en los templos de Osiris, Isis, Astarte, Priapo, Adonis, Vénus, Moloch...; y desde las escuelas de algunos filósofos griegos, convertidas en focos de inmoralidad, hasta la estragada matrona romana, que procuraba saciar con los animales sus brutales instintos, es lo cierto que este afrentoso libertinaje ha recorrido toda la escala social, saltando del hogar doméstico al santuario de falsos dioses, y de las escuelas filosóficas á los fastuosos palacios occidentales.

No faltaron, por fortuna, espíritus rectos y de severa moral; que, escandalizados del desenfreno que dominaba, comenzaron á despertar el sentimiento de dignidad en las personas, reprochando á los pueblos su envilecimiento.

Moises, Platon, Pitágoras, Sócrates, Aristóteles, Licurgo, Ciceron y otros muchos, fueron esforzados paladines que lograron hacer brotar con sus escritos y sus discursos algo de pudor y de continencia entre sus compatriotas.

Después, un humilde hijo del pueblo que nace en modesto portal; una encarnación divina que lleva en su alma el aliento de un Dios, y en su cuerpo la redención de un mundo, Jesucristo, al fundar sobre los mutilados despojos de abigarradas y absurdas religiones la santa y sublime del cristianismo, hiere de muerte la lubricidad pagana.

Jesucristo, predicando con su divina palabra máximas de virtud y dignidad que iluminan el alma y disipan las tinieblas de los antiguos errores, proclama el necesario triunfo del espíritu sobre la materia para la felicidad perdurable de la otra vida; impone estrechos deberes al matrimonio, vínculo dulce que eleva á la categoría de sacramento; redime á la mujer de una depresiva esclavitud para convertirla en la tierna y amorosa compañera del hombre, de cuya honra debe ser el firme custodio, y logra moralizar al mundo más que cuantos castigos pudieran imponerse.

Desde entonces, y á medida que el Evangelio ha ido extendiéndose, sólo ha quedado una clase de prostitución pública, la legal, que, lejos de exhibirse al resplandor del día ni hacer alarde de su abyecta presencia, se oculta en sombrías y apartadas cloacas, busca las sombras de la noche para tender sus pérfidas redes, y lleva sobre sí el baldon y el menosprecio de las gentes honestas.

Tan cierta y clara es la virtuosa influencia que ejercieron los maravillosos dogmas del Catolicismo sobre la prostitución, que, sin necesidad de recordar fechas, ni evocar sucesos que pasaron luengos siglos há, podemos hallar en las costumbres de los idólatras ó gentiles que hoy habitan el globo hechos parecidos á los de la antigüedad.

Por ejemplo:

Los sacerdotes de los reinos de Cochin y de Calicut gozan las primicias de las vírgenes, muy satisfechas éstas de hacer así un sacrificio grato á sus dioses.

Entre los Canarios de Goa, los parientes más próximos de las doncellas, incluso los mismos padres, las prostituyen á un ídolo de hierro.

En el reino de Aracan, en las islas Filipinas, ningún hombre toma por esposa á una doncella, so pena de considerarse deshonorado.

En el Thibet, las mismas madres ruegan á los extranjeros que deshojen los primeros en sus hijas la flor de la virginidad, sin la cual les es más fácil encontrar marido.

Y parecidas á estas, podríamos ir refiriendo las costumbres de otros muchos pueblos.

Convéngase, por consiguiente, en que si algunas mejoras podemos desear en la moralidad actual de los pueblos europeos, son muchas también las que hemos alcanzado.

V.

Por más que haya recalcitrantes partidarios de la predestinación humana, y por más que los frenólogos, tras largas vigiliadas y maduros exámenes sobre el desarrollo *in partibus* de la masa cerebral, estiren los alcances de su fantasía, ó de su raciocinio, para demostrar que la criatura no viene á ser, en último término, más que lo que plugo á nuestra madre naturaleza, nadie puede, en buena lógica, negar que las circunstancias por que pasa la persona son las que, de ordinario, deciden su modo de ser, y por consecuencia su papel en la sociedad.

Rechazo como un absurdo el fatalismo; quiero admitir que, no ya la calidad (que hasta ahora no descubren el reactivo ni el microscopio), sino la cantidad, es decir, el predominio plástico de la porción A ó B del cerebro, sea un móvil poderoso, una fuerza irresistible y hasta *inmanente* en la persona rústica; sin embargo, siempre quedará como un hecho demostrado, que los sentimientos y las inclinaciones naturales pueden vaciarse, y, lo que es más, amoldarse al troquel de la educación y á las condiciones de la vida.

Aplicando este principio al tema que nos ocupa, deduciremos que, si la prostitución puede obedecer, en ocasiones dadas, á irresistibles impulsos del organismo (*ninfomanía*), se la observa más frecuentemente como legítimo corolario de causas exteriores que pueden ser fácilmente combatidas.

Conocer estas causas y procurar su desaparición, constituye uno de los deberes más sagrados de los gobiernos, pues sólo así podrán lograr, si no desterrar en absoluto la prostitución, por lo menos vencerla, hacer que abdique su dominio en la sociedad y oculte confundida sus mermadas huestes donde á nadie ofendan.

¿Cómo podremos conocer estas causas? El medio más seguro le proporciona la vida práctica.

Desciéndase á los cenagosos ámbitos de la prostitución; estúdiense las desdichadas que en ellas hay; interrógueselas, pero con discreción; averíguese su historia, su educación y las causas que las arrastraron al abismo de su mancilla.

Hé aquí lo que con intachable dignidad, y no sin grandes dificultades, ha hecho Parent-Duchatelet ántes de publicar su importantísima Memoria acerca de la *Prostitución en la villa de París*, superior por su mérito á todas las publicadas posteriormente, y en la cual consigna vastas y curiosas observaciones que debían conocerse.

Reproduciremos el resumen de algunas.

Refiriéndose al origen de 5.023 prostitutas inscritas en París desde Abril de 1828 á 1832, pudo comprobar que, tanto las hijas de París como las que procedieron de los departamentos, pertenecían, casi en absoluto, á la clase de artesanas, hijas todas de padres rudos y poco favorecidos por la fortuna.

Con referencia al estado civil, es digno de observar que una parte importante eran hijas naturales, ó habidas fuera de matrimonio.

Los oficios que ejercían al tiempo de matricularse eran, con frecuencia, de esos que requieren congregación de personas en mayor ó menor número.

Entre 3.120 inscritas había:

Costureras, guanteras, tapiceras, zapateras, etc., etc.....	1.559
Verduleras, fruteras, floristas (vendedoras públicas).....	859
Tejedoras y estados análogos.....	285
Sombrereras y estados análogos.....	283
Joyerías y estados análogos.....	98
Establecidas en almacén.....	7
Comadronas.....	3
Renteras.....	3
Total.....	3.120

Examinando el grado de instrucción, resultó que de 4.470 hijas de París, 2.332 no sabían firmar; 1.780 firmaron, pero muy mal; 110 firmaron con buena letra, y las 248 restantes no suministraron dato alguno.

VI.

Si de estas condiciones generales pasamos á causas más particulares, es fácil observar que varían según las mujeres vivan en grandes ciudades ó en pequeñas aldeas.

Desde luego puede decirse que en general las que se entregan á la prostitución pública han vivido en el desorden durante un tiempo más ó menos largo. Es rarísimo que en las mancebías se presenten botones puros. De ordinario son flores lacias, cuya degradación final representa la consecuencia de anteriores olvidos.

Las causas que motivan estos primeros olvidos son numerosas, y fuera prolijo enumerarlas todas.

VII.

La pereza ó el deseo de procurarse placeres sin trabajar, sola y unida á la *vanidad*, son malas cualidades, que pueden arrastrar á una vida execrable por puro vicio.

Pero al lado de estas, altamente censurables, existen otras causas más dignas de conmiseración.

La *misericordia* es una de ellas, sobre todo llevada á un grado afrentoso y coexistiendo la orfandad.

Hay en todos los sitios infinidad de miserables criaturas que nadie sabe de dónde proceden ni dónde habitan; seres errantes siempre, nos acosan en la calle y en el paseo para impetrar con lastimeras quejas una limosna, recibiendo aquí el óbolo que las arroja un alma caritativa, y escuchando más allá insultantes frases con que las despiden el corazón despiadado.

Infelices párias de la sociedad, abandonadas de todo el mundo y sin rudimento alguno de educación, adquieren por necesidad hábitos de holganza, imposible de perder más tarde; desconocen las bellezas de la virtud y la fealdad del vicio; apagan sus buenos sentimientos con un escepticismo repugnante, y son como llevadas con la mano á una vida de prostitución, que les brinda, entre ilusorios placeres, el sustento necesario para su cuerpo.

Si los gobiernos se cuidasen de crear los asilos necesarios para recoger á estas hijas de la mendicidad, y en ellos se las diese una buena educación, habituándolas al trabajo y haciéndolas conocer la virtud y la religión, es indudable que la moralidad ganaría mucho y el vicio perdería una clase de las más tributarias.

Pero la inopia no se enuclea en estas infelices; por desgracia su dominio es muy extenso, y donde quiera que se encuentra la veremos empujar al vicio ó al crimen.

El hombre que se siente tiritar de frío porque le falta morada donde acogerse y ropa con que cubrir sus desnudas carnes, que escucha los lamentos y peticiones de su familia, y carece de trabajo que proporcione un jornal para satisfacer sus exigentes necesidades, pide una limosna ó roba; pero la débil mujer, que se ve de pronto reducida á la indigencia y se siente débil para luchar con la sociedad, que traspasan su corazón las peticiones de sus hijos y carece de recursos con que mantenerlos, primero empeña cuanto la pertenece, y después, cuando todo se ha concluido y la desesperación aconseja, cuando se ve olvidada de todo el mundo y despreciada de sus amigas, ahoga los gritos de su conciencia, atropella el honor, y vende por oro lo único que le queda, su cuerpo.

Las asociaciones de damas virtuosas, creadas con profusión y bien organizadas, podrían llevar sus beneficios á muchas de estas infelices, evitándolas precipitarse en el fango de su deshonra.

De una manera análoga obra la miseria sobre esas jóvenes que deslizan sus juveniles años entre los talleres de labor, ganando sueldos reducidos que no bastan á satisfacer las más apremiantes necesidades de un sólo individuo, cuanto menos de una familia.

Ávidas muchas de riquezas, y envidiosas las más de los elegantes vestidos y ricos adornos que tra-

bajan primorosamente sus delicadas manos para que se agracien y brillen otras más afortunadas, cotejan y deploran á cada momento sus humildes atavíos y sus miserias con la vida regalada y esplendente que á cada momento observan y fascina su vista.

Por esto son numerosas las que, seducidas con los lazos que las tienden disolutos Tenorios, olvidan con facilidad sus deberes, esperando se realicen unas risueñas ilusiones que no tardan en disiparse, aventando la pureza de sus almas y las primicias de sus cuerpos.

Ambas últimas causas patentizan la necesidad de mejorar y amplificar los destinos de la mujer y sus medios honrosos de subsistencia. Tema es este que podían tratarlo con provecho para la sociedad muchos de esos escritores que malgastan tiempo y trabajo escribiendo novelas procaces, con las que contribuyen á fomentar peligrosos delirios en las muchachas de humilde condición.

La seducción y los amores desgraciados son otro semillero abundantísimo de la prostitución pública.

La que huye del hogar paterno en brazos de un miserable seductor que al poco tiempo la abandona afrentada, sin recursos y lejos de sus padres, concluye ingresando en las filas de la prostitución.

Los malos ejemplos y el peor trato que dan algunos padres á sus hijas, también es una causa determinante muy general.

¿Qué ideas de virtud puede tener la tierna criatura que desde sus primeros años oye á los autores de sus días malas palabras, y ve en ellos actos de inmoralidad y consorcios criminales?

¿Qué sentimientos nobles puede abrigar la que recibe injustamente fuertes castigos?

Y conste que no queremos ocuparnos de esas madres infames que comercian con la belleza y el cuerpo de sus hijas, obligándolas muchas veces á una vida que repugna á éstas. Es difícil hallar palabras suficientemente duras para denostar tan fea conducta, por desdicha demasiado frecuente.

Al lado de las causas citadas podemos colocar otras, como malas compañías, la influencia de algunas reuniones, ciertos espectáculos..., etc.

Los talleres de labor, por ejemplo, donde se reúnen jóvenes caprichosas, libres y descuidadas de sus padres, son para muchas un foco de corrupción, en donde aprenden bastante malo, apetece cosas peores y pisotean con facilidad su honor.

Con respecto á los espectáculos y recreos públicos, haylos muy peligrosos, por no emplear otra frase.

Una de las diversiones que marcha á la cabeza de todas por lo mucho que pervierte, y por las víctimas que tiene inmoladas en el parasismo de sus

delirios, es la de los bailes públicos, y sobre todo los de Carnaval.

Estos últimos bien merecen que los examinemos de cerca, y hagamos ver de una manera palpitante su influencia, pues aventajan á cuantos medios de seducción existen.

Hélos aquí.

VIII.

Estamos en Carnaval.

La diosa de la locura con la esportilla de los delirios debajo del brazo, y el rostro descompuesto por inusitada exaltación, se echa á correr por la ciudad, y penetra, como diría Horacio, lo mismo en el alcázar de los reyes que en la choza de los pobres.

Al sentir su hedor calenturiento, todas las clases sociales se mueven con el deseo de la algazara, hacen esfuerzos para olvidar las penas propias; y desde el altivo funcionario hasta la traviesa modista, desde la más severa patrona hasta el más aburrido huésped, todos sienten retozar la alegría dentro de sus cuerpos, se desprenden de su continente habitual, ocultan bajo una falsa máscara sus facciones, se transforman en mamarrachos, y sacuden joviales su pereza para gozar con las bromas y los desórdenes que disculpa una tradicional costumbre.

Dejemos á un lado los mil sinsabores que acarrearán las intemperancias de estos días, y circunscribamos nuestro exámen á los bailes públicos.

Son las tres de la mañana, y todos los teatros de la corte nos brindan un espectáculo interesante.

Penetremos en cualquiera de ellos; en el de la Opera por ejemplo.

Estamos en medio del salon.

Una aureola clarísima, una nube de esplendorosa luz que irradian centenares de inflamados mecheros, se difunde por todas partes.

Ofuscada nuestra vista con tanta iluminacion, impresionanla más todavía, como partículas encendidas que saltan y se cruzan en el seno de un globo ígneo, los juegos irisados de vacilantes prismas que cuelgan de las lámparas, las ráfagas que despiden los dorados, la mágica entonación de las pinturas que parecen cobrar vida y desprenderse de sus lienzos, los elegantes palcos, las cintas de flores y cuanto abarca la mirada.

Sorprendente es todo este aparato escénico, pero aún lo es más el infierno de vida que bulle en el salon, pues en él, y sobre mullida alfombra, se observa un mar de personas, vestidas con variados trajes, que se mueven, se confunden y se estrujan, produciendo con sus alegres conversaciones, sus gritos y carcajadas, un ruido atronador, formidable, que ensordece los oídos y atonta la cabeza.

Dé pronto suenan los acordes de una orquesta, y todas callan. Tersípcore despliega sus impalpables

alas, y momentos despues miles de parejas se mecen blandamente de uno en otro sitio, ó brincan, corren, se buscan y se chocan.

Insensiblemente advertimos un cambio profundo en nosotros mismos.

La atmósfera pesada y ardiente que aquí se respira; el aroma embriagador que se percibe; la contemplación y roce de tantas personas, bellas las unas, incentivas las otras, y voluptuosas todas; las atrevidas ocurrencias y confianzas que hieren nuestros oídos; los compases de la música que estremecen el alma con los escalofríos de lo sublime, y sacuden las piernas con el deseo de la danza; el torbellino satánico, tentador, de infinitas parejas enlazadas amorosamente; el fuego sensual que enciende todos los semblantes, animados ya muchos con los delirios del espumoso *champagne*; las miradas que se cruzan y aproximan los rostros con la fuerza del deseo; todo, todo, en fin, excita el organismo, apresura la circulación, vierte en las venas candente lava que abrasa la cabeza y despierta en el alma recia marejada de torpes pasiones.

Poco despues, el ambiente frio y húmedo de la calle recibe los descompuestos y fatigados concurrentes que despide el salon, como un alborotado mar lanza sobre la playa, cubiertos de removida espuma, los destrozados restos de un naufragio.

Las consecuencias todo el mundo las conoce; y si deseais ver el epilogo de infinitos excesos consumados entre los festines y los desórdenes de estos días, es muy fácil encontrarle.

Le hallareis en el miserable lecho de un hospital, donde un enfermo maldice su existencia y los dolores que bebió en una copa alargada por impura *Vénus*.

Le hallareis en la retirada vivienda, donde una infeliz llora amargamente las nefandas consecuencias de un momento de desvarío.

Le hallareis en la perturbada tranquilidad del hogar doméstico, en donde dos esposos se reprochan el perjurio de sus promesas y el olvido de sus deberes.

Le hallareis, en fin, por muchas partes, siempre revelando infinitos afluentes, que de una manera más ó ménos directa contribuyen á aumentar ese abominable receptáculo de miserias y vicios que se llama prostitucion.

No caeremos en la inocentada de pedir que se supriman esos bailes, que son el verdugo de la virtud; sólo queremos que se conozcan bien sus efectos, y que se vea en ellos una mano delicada y cubierta con fino guante, pero cuyo destino principal es deshojar cuantas flores toca; que se vea la chispa de fuego que pone en combustion la pólvora poco á poco acumulada para inflamar el alma de muchas inocentes.

IX.

La influencia probable que ejercen todas las causas citadas, se puede apreciar por el siguiente cálculo que contiene el libro ya indicado de Parent-Duchatelet:

La observacion recayó sobre 5.183 prostitutas.

Excesos de la miseria.....	1.441
Orfandad completa por muerte ó abandono de los padres.....	1.255
Traidoras á Paris y abandonadas por sus amantes.....	404
Procedentes de provincias, que han ido á Paris en busca de recursos.....	280
Mujeres viudas, ó abandonadas con familia numerosa.....	23
Hijas mayores, para sostener hermanos.	29
Simple concubinas al principio, y que despues perdieron sus amantes.....	1.425
Criadas seducidas y despedidas por sus amos.....	289
Para mantener á sus padres pobres ó enfermos.....	37
TOTAL.....	5.183

X.

Sigamos avanzando en nuestro camino.

Hemos indicado algunas de las principales causas que desenvuelven la enfermedad que estudiamos, y debemos presentar ahora sus efectos, que son de dos clases: unos que interesan á la moral, y otros á la salud.

Dejemos aquellos, y ocupémonos en primer término de los segundos, por ser más de nuestra competencia.

Muy á pesar nuestro, desde que hemos comenzado este artículo, se agita en nuestra memoria el recuerdo de una enfermedad terrible, monstruo misterioso que se desenvuelve y conserva en el seno de la prostitucion, como el miasma en el agua cenagosa, y como el veneno en la cabeza de la víbora.

Nos referimos á la *sífilis*; mal venéreo (1), por otro nombre.

Deploro en este momento toda la humildad de mis facultades, y la palidez con que la pluma traslada al papel mis pensamientos, pues quisiera poseer toda la elocuencia de Demóstenes, y toda la energía de Espronceda para ofrecer á los que lean estas páginas una descripción vigorosa y palpitante

(1) La medicina distingue estas dos clases de padecimientos, que los extraños á ella confunden con un mismo nombre.

de los increíbles desastres que acarrea, y está haciendo sufrir á la generacion actual, ese virus que abrasa el cuerpo como metal fundido y que á tan caro precio se adquiere muchas veces.

Decíamos en cierta ocasion (1), ocupándonos de este mismo asunto, y repetimos ahora:

«Ni la hirviente lava, que vomitada por abrasados abismos entre mangas de fuego y de ceniza quema cuanto encuentra en los desfiladeros de las montañas, ni el furioso huracan que conmueve las rocas, arranca los añosos árboles, derrumba los edificios y arrolla como ligeras plumas á los seres animados, ni las sanguinarias guerras que anegan con rios de sangre los campos, ni las devastadoras epidemias que asolan las más grandes ciudades, nada puede compararse en sus terribles estragos al letal virus sífilítico.

El solo, ocultándose traidor entre apasionados ósculos y ardientes devaneos, inficiona los organismos, afea horriblemente la más agraciada hermosura, seca como el cálido viento del desierto la lozanía de las primeras edades, y arroja implacable en el martirio, en la desesperacion y en prematura vejez, esa desdichada juventud que, dominada por las seducciones de impuras sacerdotisas, apura entre sus voluptuosos brazos la fatal cicuta que ha de conducirla muchas veces al suicidio, como único recurso capaz de poner término á sus inexplicables sufrimientos.»

Hemos reproducido *ex profeso* estos párrafos, porque nosotros no podemos decir más, y lo sentimos.

Nos engañamos: todavía podemos decir un poco más; todavía podemos decir que, cual si fuese un aborto refinado de Satán ó implacable maldicion de un dios airado, sus estragos no se terminan con el individuo, pues pasan, como amarga herencia, á sus descendientes.

De este modo, el castigo que sufre el vicio en los padres trasciende injustamente á sus infortunados hijos.

¡Cuántas veces el médico, llamado para corregir padecimientos de tiernas criaturas, pero impotente tambien muchas contra ellos, porque para curarlos era preciso deshacer por completo aquel cuerpo, purificar al fuego sus elementos y formar despues otro nuevo; cuántas veces el médico, repetimos, mudo testigo de estas escenas dolientes de la familia, eleva su pensamiento á las licenciosas costumbres de los padres durante la juventud!

¡Cuántas tambien se ve obligado á manchar sus labios con la mentira ó aparentar ignorancia para evitar un rompimiento entre amantes esposos, que

(1) Discurso del autor, leído en la inauguracion oficial del Museo Antropológico del Dr. Velasco.

culpan á la desgracia de lo que no es más que la rigurosa consecuencia de anteriores desenfrenos!

¡Ah! El médico tiene una misión de paz: su deber se limita á corregir los males y guardar en el fondo de su conciencia los pecados que los produjeron; pero si el sacerdote de Esculapio pudiera desahogar muchas veces su justa indignación y disculparse, como se merece, de los cargos que se le hacen, ¡cuántas cosas buenas diría!

—Los médicos viven engañando á la sociedad,—oí decir en cierta ocasión á una señora;—mis hijos se mueren todos, y de cada uno me dicen que padece una enfermedad distinta.

—Sí, es verdad; no saben lo que se dicen,—repuse yo contemplando el raquítico y asqueroso rostro del infeliz niño, en donde latía vivita la fatal herencia de sus padres.

Esto es cruel, pero cierto.

No hay palabras que expresen lo bastante el profundo dolor y despecho que se apodera de ciertos matrimonios cuando ven que se les muere un hijo, y otro, y otro, y todos.

Felizmente, y para remedio de tanta desdicha, la medicina, cuyos progresos en el siglo actual son admirables, va avanzando como veloz locomotora por este camino.

Pero... todavía la falta mucho que recorrer ántes de que llegue á su meta deseada, es decir, ántes de que pueda oponer un eficaz remedio á la devastación que ocasiona la sífilis.

XI.

No queremos aún dar por terminado este asunto.

Su importancia es tan grande, que nos parece poco cuanto sobre él digamos para hacer miedo en los que nos honren leyendo estas líneas, humildes por su estilo, pero inspiradas en un deseo tan laudable como el que más.

La juventud es irreflexiva y tememos sus desórdenes.

En ciertos asuntos discurre siempre de la manera más favorable á sus extraviadas pasiones. Buena prueba es la siguiente:

Enseñaba en cierta ocasión á un joven de vida disoluta la sección de sífilis del Museo de mi querido maestro el Dr. Velasco.

Deseoso de impresionarle, iba mostrándole aquellas hediondas piezas que estremecen á cualquiera, cuando me hizo la siguiente pregunta:

—Diga usted, ¿y la medicina cura esto?

—Puede aliviar mucho,—respondí.

—Entonces no hay miedo,—dijo con estóica naturalidad.

XII.

Sentiríamos que se tomase á barato lo que venimos diciendo y no se nos creyese, pues escribimos con la formalidad que requiere el asunto.

Cuando vemos á la juventud corromperse de una manera tan general que desconsuela; cuando observamos que una parte respetable de la humanidad sufre la penitencia de sus pecados, y cuando todos los días contemplamos amalgamas de carne y podredumbre bajo la forma de criaturas, temblamos por las generaciones venideras, y se nos ocurre dudar si estaremos sufriendo las últimas evoluciones de una raza caduca que se consume por el fuego de sus vicios.

Un distinguido naturalista, Darwin, esprimió las dotes de su envidiable talento para demostrar, con brillantes razones, que las especies tienden siempre á la selección; pero por lo que á la humana toca, parece que tiende incesantemente á su degeneración.

El hecho es incontestable. Examinense esos jóvenes que tantas esperanzas infunden á la patria que los ve nacer, y ¡cuán pocos serán los que no lleven infiltrado en su sangre el castigo de concupiscentes calaveradas!

Al ver á muchos correr ciegos, desatentados, tras de su desdicha, lo único que explica esta insensatez es la ignorancia.

Yo creo que si todos se empapasen y se convenciesen de los peligros que les amenazan, se refrenarían un poco más y meditarían mucho ántes de envolverse en las redes que la mayoría se tienden.

Supongamos un joven hermoso y robusto como un Apolo, de salud envidiable, sin antecedentes hereditarios, que todo le sonríe, que desafía y vence con su fornida constitución mil causas de enfermedad y parece anunciar una larga vida. Vereis qué transformaciones sufre.

Apénas ha libado del fatal veneno, comienza á sentirse cruelmente atormentado por las primeras manifestaciones locales, que coexisten, pasado algún tiempo, con un desmejoramiento general que todo el mundo advierte.

Se deslizan largos días de atroces sufrimientos, de amargas inquietudes, y bien naturalmente, ó por efecto de una medicación acertada, va desapareciendo el mal, y el individuo recupera la salud.

¿Creeis que ya ha terminado todo? Error gravísimo. Ha pasado el prólogo de un *drama* orgánico (valga la frase) cuyo completo desarrollo tardará más ó ménos en presentarse, pero que es seguro se presentará si el individuo no perece ántes.

Más pronto ó más tarde, y sin causa al parecer conocida, comienzan dolores desesperantes del cuerpo y de la cabeza. Hé aquí el primer capítulo,

largo en su duracion, pero que concluye para dejar paso á las más sucias enfermedades de la piel, que no sólo atormentan sino que desfiguran, con la crueldad de una mano vengadora, todas las gracias del semblante.

Estamos aún en los primeros cuadros de la enfermedad y ya el jóven se halla dolorosamente desmejorado.

Aquel color, sonrosado y fresco como el de una manzana, que tenía su semblante, degeneró en un tinte feo, terroso y sucio; aquellas facciones tersas y delicadas aparecen juanetudas por el sufrimiento y cubiertas de postemas, llagas, costras, manchas y mil asquerosas producciones, que brotan copiosamente como brota la cizaña en un campo inculto; aquellos ojos expresivos y alegres reflejan ahora infinita tristeza y abatimiento; aquella frente despejada y tranquila se contrae ya con el pesar y los dolores, y aquel cuerpo esbelto, gentil y de macizas carnes se dobla como abrumado por el peso de los años.

Arido y espinoso es el camino; difícil y horrible la marcha; pero... ¡aún estamos al principio! La enfermedad, cansada de sus manifestaciones exteriores, parece que se repliega y va ¡es lo más terrible! á causar sus estragos en los órganos profundos.

Desde el corazón á los ojos, y desde el cerebro hasta el estómago, todo lo recorre, en todo se fija, estropeando á uno la vista, dejando sin voz al otro, retorciendo á éste en los dolores de una gastralgia, dejando paralítico á aquél, lanzando á algunos en la locura, y haciendo en todos los padecimientos difíciles de aliviar, casi imposibles de curar, y dolorosos siempre.

El drama toca á su desenlace. Si el jóven, por desdicha suya, no ha muerto en los anteriores estados, la enfermedad sigue su curso y se fija en los huesos, en el cerebro... produciendo cáries tan sorprendentes como no hay otra causa que las produzca, afecciones de la médula ó demas órganos, pero con el pronóstico de mortales.

En una palabra, cuantas enfermedades comunes reconoce la medicina, otras tantas, pero mucho más agravadas, pueden surgir de ese impalpable virus, que, como todos los de su género, todavía no ha llegado á ser sorprendido por la medicina.

¡Cinco minutos de impuro placer; despues una vida corta y llena de sufrimientos!

¡Hé aquí el brándis que pronuncia el vicio!

XIII.

Innecesario es advertir que cuanto dejamos dicho lo mismo puede aplicarse á uno que á otro sexo.

Vamos ahora á ocuparnos de la prostituta:

«Inquieta, turbulenta y parlanchina por comple-

TOMO VI.

xion, perezosa por estado, borrachona y embustera por interes, benéfica sin discernimiento, vendiéndose friamente á cada instante, pero sin darse más que al desgraciado elegido por su corazón, del cual se muestra sumamente celosa; orgullosa, envidiosa, glotona, ladrona, supersticiosa, colérica, y sobre todo vengativa: hé aquí la mujer en cuyos ojos y en cuya frente puede leerse *prostituta*.»

Difícil sería presentar con mayor exactitud que lo ha hecho Descuret en las anteriores líneas, el retrato de la mujer pública.

En Paris, como en Madrid y como en todas partes, la ramera será siempre la misma.

¡Tan cierto es que la profesion imprime carácter!

Si esto sucede en el órden moral, en el físico no son más afortunadas.

La vida desordenada y crapulosa que sobrelleva las acarrea infinitos padecimientos, de los cuales atestigua su ajado y descolorido rostro.

Jóvenes todavía en edad, tienen de ordinario la voz ronca, el cuerpo enjuto y delicado, y todas, salvo raras excepciones, perecen en edades tempranas.

Las noches de insomnio, el abuso que hacen de las bebidas, lo mismo alcohólicas que excitantes de otro género, su habitual suciedad, sus torpes desenfrenos, los rudos golpes que sufren de los mentecatos que tratan con ellas y de las proxenetes, causas son todas que modifican su fisiologismo, haciéndolas adquirir nuevas cualidades orgánicas.

La locura es frecuente entre ellas. Segun Esquirol, en cinco años (desde 1811 á 1815) entraron en la Salpêtrière de Paris 105 prostitutas; la mayoría con *lipemania* (monomanía melancólica) y monomanía *suicida*.

Nada más lógico que esta terminacion. Si algunas parece que se identifican escandalosamente con su vida abyecta, en cambio las que tienen alguna instruccion y principios religiosos viven deplorando todo el dolor de su afrenta.

Para estas Magdalenas no hay más que abrojos y amarguras donde parece que todo debe brindar placeres y expansiones.

¡Dignas son todas, sin embargo, de profunda lástima!

XIV.

Basta considerar que la sociedad no es más que la reunion de mayor ó menor número de personas, para comprender que cuanto dañe á la generalidad de los individuos tiene que perjudicar también á la sociedad que forman.

Por esta razon, un pueblo prostituido es un pueblo débil, albergue de míseros ilotas, que tarde ó

temprano concluye por amarrarse la cadena de su esclavitud.

Babilonia, Nínive, Roma y otros muchos países, fueron poderosos y temidos mientras se rigieron por costumbres severas. Después, cuando se entregaron á los excesos del libertinaje, concluyeron sufriendo el yugo de extraños opresores.

¿Quién sabe si en la lección que modernamente recibió el pueblo de París ha podido influir algo lo relajado de sus costumbres?

Haya de esto lo que quiera, no olvidemos que la sociedad es un organismo viviente, parecido al de sus individuos.

Y así como en éstos los abusos de los placeres venéreos y una vida de disolución enervan su físico y degeneran su inteligencia, así en aquella el desfreno del vicio abate sus fuerzas radicales y perturba las intelectuales.

Muchos, muchísimos son los perjuicios que arrancan de la prostitución, y que podríamos detallar, si no nos obligase el deseo á concluir pronto este ya largo artículo. Expondremos, sin embargo, uno de los más importantes: el de los hijos ilegítimos.

XV.

Siempre que los naturalistas quieren juzgar ó conocer la moralidad de un pueblo, tienen buen cuidado de consultar las estadísticas que revelan el número de nacimientos naturales habidos con arreglo á población.

Débase esto á que la práctica ha confirmado ya la sospecha de que el libertinaje ejerce poderosa influencia en el aumento de la criminalidad.

España, podemos decirlo con legítimo y noble orgullo, es uno de los países que presentan cifras más satisfactorias, puesto que el promedio general de Europa es el de 1 ilegítimo por cada 11,48 legítimos, y aquella cuenta 1 por cada 17.

Sólo Holanda nos aventaja bajo este punto de vista, pues su proporción es de 1 por 22,80.

Como fácilmente se supone, el promedio citado de nuestro país se reparte con desigualdad entre las diferentes provincias.

Así, por ejemplo, hay algunas, como Tarragona, Castellón y Lérida, en donde apenas nace 1 hijo ilegítimo por 73, 68 y 62 legítimos, mientras las provincias de Galicia y de Madrid los presentan en grandes proporciones.

La relación comparativa habida durante un quinquenio en toda la nación y el grupo especial de capitales arroja el siguiente cuadro (1):

LOCALIDAD.	DE CADA 100 NACIDOS HAY		
	Legítimos.	Ilegítimos.	TOTAL.
En la provincia de Madrid.....	85,00	15,00	100
En la capital.....	77,85	22,15	100
En todo el reino.....	94,45	5,55	100
En el conjunto de todas las capitales.....	84,34	15,66	100

Resumiendo los ocho años en que se han podido hacer comparaciones, resulta que:

La provincia de Lugo excede siempre á la de Madrid en hijos naturales ó ilegítimos.

La de la Coruña la excedió en cuatro y la igualó en tres, presentando ménos en el otro año.

La de Canarias aparece una vez con más hijos naturales que la de Madrid y cinco con la misma proporción.

La de Cádiz presenta cuatro veces igualdad de proporción, y seis la de Pontevedra.

De las capitales de provincias hay 18 que en el tiempo citado han excedido ó igualado á la villa de Madrid en la proporción de sus hijos ilegítimos, y son: Cádiz, Coruña, Toledo, Santa Cruz de Tenerife, Salamanca, Pontevedra, Orense, Lugo, Gerona, Leon, Oviedo, Pamplona, Sevilla, Segovia, Avila, Badajoz, Cuenca y Zamora.

Si queremos completar estas nociones generales descendiendo á examinar el movimiento de las casas-inclusas, asilos piadosos de niños expósitos..., vemos con satisfacción que el sentimiento sublime de la maternidad late aún en medio de los mayores extravíos, pues, término medio, de los nacidos ilegítimamente, apenas una mitad han sido abandonados por sus madres.

En 1856 los niños abandonados á los cuidados de la beneficencia pública representaron el 55 por 100 del total de los hijos del crimen.

Todavía esta proporción no debe estimarse como exacta, pues nadie ignora que un respetable número de expósitos son hijos de la miseria, de quienes se deshacen por necesidad algunos matrimonios.

Francia es, sin duda alguna, uno de los países más castigados por esta epidemia social, y para probarlo no hay más que exhibir los resúmenes oficiales de sus nacimientos ilegítimos, que no reproducimos aquí por no abusar de la paciencia de nuestras lectoras.

Concretémonos á decir que si en veinticuatro años, comprendidos entre 1817 y 1840, ambos inclusivos, hubo 1.666.005, actualmente las cifras son todavía mucho mayores.

(1) Anuario administrativo y estadístico de Madrid para el año de 1868, redactado, por orden del Excmo. señor gobernador, por don F. Javier de Bona.

No es ménos curioso también hacer constar (1) que de 8.276 mujeres acusadas de crímenes desde 1835 hasta 1861 inclusive, se ha averiguado que 24 por 100 de esas desgraciadas habían tenido hijos naturales, ó habían ya vivido en concubinato ántes de comparecer en juicio ante los tribunales.

Que en un período de cuatro años, de 39.324 acusados, 944 eran hijos naturales.

Que en un solo año, entre 7.432 acusados se encontró que había 176 hijos naturales, y que 376 vivían amancebados, ó eran hombres de inmoralidad notoria.

Basta ya de cifras, y pasemos al tratamiento de lo que miramos como una enfermedad.

XVI.

Si es cierto que al comenzar decíamos que la prostitucion pública era una necesidad social y de fatal existencia, también aseguramos la posibilidad de reducirla á un mínimum satisfactorio y admisible hasta por los más escrupulosos.

Movidos por esta persuasion, vamos á bosquejar los remedios que para combatirla deben emplearse.

Y decimos bosquejar, porque de querer exponerlos con detenimiento, son tantos los puntos que deben tocarse y tantos los consejos que sobre ellos ocurren, no sólo á mi árida capacidad, sino á cualquiera que medite sobre este asunto, que se necesitaría escribir un folleto especial para explanarlos con detenimiento y hacerlos aplicables á la vida práctica.

Fruto venenoso la prostitucion de infinitas causas, atadido grueso de miserias y manantial inagotable de numerosos males, se comprende que ha de sentirse algo embarazado todo el que quiera sintetizar en breves líneas sus remedios, sin descender á divisiones y subdivisiones infinitas y fatigosas, pero necesarias cuando se obedece á un fin inmediatamente aplicable, ó á organizaciones destinadas al objeto.

Por esto nosotros, léjos de precisar aquí causas ni tratamientos especiales para cada una de ellas, enunciaremos tan sólo las poderosas armas con que se puede combatir la prostitucion, seguros de que, bien empleadas, han de producir los propicios resultados que se desean.

Hecha esta salvedad, diremos que la *legislacion*, la *caridad*, la *religion* (2) y la *medicina* son los cuatro eficaces medicamentos que pueden *propinarse* para combatir la enfermedad que nos ocupa.

¿Quién duda que la prostitucion debe ocupar á los legisladores, ni quién duda que, desplegando la ley

(1) De los *Comptes généraux de la justice criminelle en France*.

(2) En rigor la caridad se halla comprendida dentro de la religion, en cuyo easo podían reducirse á tres, que son las que Descuret cita en su *Medicina de las pasiones*.

los poderosos recursos de que dispone, puede combatir sus abominables estragos?

Siendo el hombre un hervidero de instintos y pasiones, de virtudes y vicios, gloria y oprobio del universo, amasijo de incertidumbres, como decía el severo Pascal, metido en una lucha incesante con sus necesidades y sus deberes, en la que con frecuencia aquellas se pervierten y estos se adulteran; necesario fué que hallase en su peregrinacion por la tierra algo que sirviese de freno á sus excesos, algo que contuviese sus bastardos apetitos y sirviese de garantía al bienestar de sus semejantes. Hé aquí la razon natural de la ley y de la pena.

Mientras la sensualidad no depravó las costumbres públicas ni afectó á los intereses comunes de la sociedad, nadie trató de perseguirla; pero cuando ese pasajero apetito creció hasta degenerar en libertinaje y sirvió de estribo para que se alzase la criminalidad, cuando la salud pública se vió amenazada y sonrojado el pudor de las gentes honestas, cuando las consecuencias de brutales delectaciones acarrearón infinitos crímenes y perjudicaron los intereses de la administracion, el representante de la justicia, como custodio de la buena armonía que debe haber en las relaciones de todos los hombres, tuvo necesidad de intervenir, persiguiendo al vicio y señalando castigos á los culpables.

Reconocida esta necesidad desde muy antiguo, como quiera que, segun dice la historia sagrada, apenas Dios creó el mundo se sintió inclinado á destruirle para contener la corrupcion general, es fácil observar que, desde las edades más remotas, los legisladores de los pueblos han concedido especial cuidado á cuanto se relaciona con el asunto en cuestion.

Las leyes de Moisés, referentes á las relaciones matrimoniales del pueblo hebreo, merecen admirarse, y revelan el genio profundo de aquel santo varon, tan excelente higienista como sabio legislador.

Desde entónces los códigos de todos los países vienen reflejando el carácter moralizador de la época, pues segun el libertinaje ha sido combatido, así la prostitucion ha dominado más ó ménos.

XVII.

La *Caridad*, esa perla del cielo engarzada en el corazon de la criatura, ese sentimiento purísimo que la convida á llorar con el prójimo los infortunios extraños y á deshacerse de lo propio para aliviar las necesidades del indigente, es también un poderoso remedio que puede prevenir mucho el libertinaje.

La administracion pública por una parte, y las asociaciones benéficas de simples particulares por otra, pueden, bien organizadas, llevar el consuelo á

muchas infelices abrumadas por la miseria, y que son arrastradas por su desesperacion á la deshonra.

Verdad es que hoy existen algunas de dichas asociaciones; verdad es que con mano pródiga siembran beneficios en las moradas donde gime la necesidad, pero no bastan.

Hay mucha miseria; hay muchas casas en donde alrededor de una angustiada madre lloran escuálidas criaturas la falta de alimentos, sin que aparezca una mano protectora que aplaque los rigores de su necesidad.

—Hoy nadie se muere de hambre, dicen algunos de estómago satisfecho. Error cruel que podría deshacer muchas veces el médico, único miembro de la sociedad obligado por su profesion á conocer y tocar de cerca las consecuencias de la necesidad, y único tambien que sorprende todos los dias la escasez de alimento en personas á quienes un noble rubor obliga á sufrir silenciosamente su miseria.

Sí; en la desmantelada vivienda, donde sobre humilde jergon y apénas cubierto con andrajosa manta yace un luctuoso enfermo, descubre á veces el sacerdote del cuerpo que sólo la necesidad es la causa que provoca una consuncion mortal.

Lo hemos dicho, y no nos cansariamos de repetirlo. Entre el entumecimiento causado por un frio que penetra al traves de rotas vidrieras, entre los delirios de una calentura desenvuelta por el hambre, y entre las nubes sombrías que se ciernen en una habitacion donde se ostenta la desnudez de la miseria, retoñan, como en terreno apropiado, el crimen y el vicio.

¡Quién se acuerda de la virtud cuando ahoga la miseria!

XVIII.

Siendo el vicio con frecuencia una secuela de torpes pasiones, y siendo las pasiones una enfermedad del alma, necesario es suministrar á esta remedios adecuados á su naturaleza, como adecuados á la naturaleza de los padecimientos fisicos son los medicamentos tangibles que utiliza la medicina del cuerpo.

¿Hay medios capaces de prestar eficaz auxilio á esa entidad misteriosa de nuestra vida; emanacion divina que no se toca, que jamás descubre el disector en el cadáver, pero cuyos efectos se demuestran elocuentemente?

Indudablemente sí, y muy poderosos.

No lo dudemos: LA RELIGION *predicada por Jesu-cristo* es la medicina del alma.

Ella purifica el espíritu con el poder de sus sacramentos, domeña las borrascas de las pasiones con la fuerza de su santidad, refrena los malos im-

pulsos con el amor de Dios y el temor á los castigos de otra vida, alienta al desgraciado peregrino de este valle de lágrimas, presentándole en el horizonte sombrío de sus infortunios un luminoso faro de esperanzas, y redime el alma pecadora, manchada con el vicio, pero purificada despues con el arrepentimiento, acogiendo en su santa gracia á las Magdalenas arrepentidas que abandonan el escabroso camino del vicio por el dulce sendero de la virtud.

Hablamos con la mano puesta sobre el corazon, y conste que si de algo adolecemos no es ciertamente de fanáticos.

La religion cristiana, con sus admirables preceptos de caridad, pregonando siempre la virtud y uniendo á las criaturas en sublime sociedad, es un código perfecto é inmejorable, no sólo de legislacion natural, sino tambien de higiene para el cuerpo.

Nos hemos expresado de la anterior manera porque Parent-Duchatelet ha comprobado que la mayoría de las prostitutas sobre quienes recayó su estudio carecían hasta de los primeros rudimentos de la religion, como tambien ha podido observar la saludable influencia que en muchas ha ejercido el conocimiento de sus santos dogmas.

La instruccion conveniente de la mujer en sus primeros años, y las conferencias religiosas que se diesen á esas Mesalinas que pueblan los hospitales; disuadiéndolas del vicio y *proporcionándolas medios honrosos de subsistencia*, arrebatarían á muchas de los brazos de la deshonra y del crimen.

XIX.

Como poderoso complemento, más ya para corregir algunos estragos de la prostitucion que para prevenir ésta, se alza majestuosa y severa la bienhechora figura de la medicina.

Mucho trabaja en aquel sentido, muchas heroicidades realiza la ciencia para llenar gloriosamente su humanitaria mision (1). ¡Sensible es que hasta la fecha no haya obtenido los resultados que se propone!

Vigilar la prostitucion y curar al individuo de los males que aquella le proporciona, son uno de sus más sagrados deberes, que procura llenar con infatigable celo.

En Madrid, felizmente, el ramo de médicos higienistas está brillantemente organizado; cuenta con un escogido personal, tan entusiasta como inteligente; su servicio no puede ser más acertado, y nada tenemos que decir de él más que elogiar su organizacion y los profesores que le constituyen.

(1) Ha habido médicos que han llevado su entusiasmo por la ciencia hasta el extremo de inocularse el virus sífilítico para mejor estudiar sus efectos y la manera de poderle combatir.

Tenemos también un hospital, el de San Juan de Dios, fundado por el venerable Anton Martin, en donde todos los años reciben los auxilios de la ciencia miles de pacientes que sufren la enfermedad de Vénus.

En rigor pocas mejoras pueden pedirse al servicio facultativo. Agradecemos las que existen, y confesemos que en este punto los gobiernos nuestros han sabido colocarse á la altura de los países más ilustrados.

DR. ANGEL PULIDO.

ESTUDIOS MODERNOS

SOBRE

LAS CORRIENTES ATMOSFÉRICAS.

Las causas que influyen en los fenómenos meteorológicos son tan complejas y tan poco conocidas, que estamos muy lejos de poder predecir el tiempo con mucha anticipación. ¿Qué decir, después de esto, de las predicciones del almanaque?... Si el Sol y la Luna determinasen solos las modificaciones de nuestra atmósfera, un período de diez y nueve años traería próximamente la misma serie de días serenos ó nublados, secos ó lluviosos. La predicción del tiempo sería entonces cosa fácil: para el año de 1875, por ejemplo, se tendrían buenamente copiadas las observaciones hechas en los días correspondientes del año de 1856, y tal vez ganarían los almanaques con la adopción de este sistema. Así habrían anunciado grandes inundaciones para el año que ha terminado, lo que les hubiera valido el epíteto de proféticos; á ménos, sin embargo, que no hubiesen cometido la imprudencia de precisar el teatro del desastre, pues entonces habrían inundado las cuencas del Ródano y del Loira, que han sufrido poco, y habrían inspirado una seguridad engañosa á los infortunados habitantes del Sudoeste de Francia.

Pero muchas causas contribuyen á hacer ilusorio este período de diez y nueve años. En primer lugar las acciones caloríficas y magnéticas, ejercidas sobre nuestro globo por el Sol, están sujetas á variaciones muy imperfectamente encerradas en un período de cincuenta y cuatro años. Aceptemos, no obstante, este período y combinémosle con el de diez y nueve años, con lo que llegaremos á un período de mil veintiseis años, el cual es todavía insuficiente, no sólo porque no repite exactamente las mismas influencias del Sol y de la Luna, sino también porque descuida las otras causas de nuestros fenómenos meteorológicos. M. Sainte-Claire Deville, estudiando los datos conocidos de ciento cincuenta y tres caídas de meteoritas, y uniendo sus observaciones á

las hechas por M. Tissandier sobre el polvo cósmico, dedujo con bastante probabilidad que ciertas perturbaciones de la temperatura están ligadas á la aparición periódica de materias cósmicas en el medio interplanetario que recorreremos durante nuestro curso anual alrededor del Sol (*Comptes rendus*, 26 de Octubre de 1875). A estas causas constantes añadamos las causas accidentales, por ejemplo, el paso de los cometas cerca de nosotros, y concebiremos fácilmente el embarazo en que se encontrarían los confeccionadores de almanaques si estuviesen obligados á ser verídicos.

A pesar de esta incapacidad, la meteorología está llamada á prestar eminentes servicios, tanto á la navegación como á la agricultura; y por esto, todas las potencias marítimas se afanan por favorecer los progresos de esta ciencia naciente. La navegación tiene para con ella señaladas obligaciones. Las observaciones del capitán Maury acerca de las corrientes de la atmósfera y del Océano, han hecho conocer nuevos caminos que abrevian casi en una mitad ciertos viajes marítimos. Las leyes de las tempestades giratorias, encontradas experimentalmente por MM. Reid, Redfield y Piddington, han enseñado á los marinos la manera de evitar esos terribles meteoros, ó, al ménos, de salir vencedores de sus acometidas. En fin, la meteorología telegráfica ha salvado ya bastantes barcos, mediante los avisos enviados á los puertos al aproximarse las tempestades. Durante el año de 1873, la oficina meteorológica de Londres telegrafió á las diferentes estaciones marítimas de la Gran Bretaña 250 veces ordenando izar los signos de tempestad. Las cuatro quintas partes de esos despachos se justificaron, ó por la tempestad anunciada, ó por vientos peligrosos, y sólo un 14 por 100 no fueron justificados. Nos contentamos con mencionar estos hechos para mostrar que las observaciones meteorológicas, preparando los progresos futuros, dan ya resultados prácticos muy suficientes para hacer olvidar los gastos que exigen.

Una revista completa de los trabajos meteorológicos recientes nos llevaría muy lejos, por lo que nos limitaremos en este trabajo á dos puntos que nos han parecido los más interesantes: la meteorología telegráfica y la teoría de las tempestades giratorias.

I.

METEOROLOGÍA TELEGRÁFICA.

El servicio de avisos enviados por el telégrafo á los diferentes puertos de Francia acerca del tiempo probable del día siguiente, ha sido organizado en el Observatorio de Paris, en 1863, por los cuidados de M. Le Verrier. Ya en 1855 había establecido este sabio en Francia una red de observaciones, que unió

muy pronto con la de los Observatorios de Bélgica, Suiza, Italia y España, á fin de seguir sobre una extension más vasta la marcha de las principales perturbaciones atmosféricas. Sólo ocho años despues fué cuando M. Le Verrier pudo realizar su proyecto de las previsiones del tiempo.

Todos los dias, entre las nueve y las diez y treinta minutos de la mañana, llegan de las diferentes partes de Europa setenta despachos telegráficos que hacen conocer á Paris el estado general de la atmósfera, y en particular la presion barométrica. Para poder comparar las observaciones, se las reducía al nivel del mar, y luégo se servia de ellas para trazar sobre un mapa de Francia curvas de igual presion barométrica, así como la direccion y la fuerza de los vientos. De esas cartas, estudiadas segun ciertas reglas, se deducía el tiempo del dia siguiente por los presagios, que eran anunciados telegráficamente, entre las doce y las dos, á todas las costas de Francia y á las diversas capitales que correspondian con el Observatorio de Paris. Estos despachos de prevision eran acompañados del envío telegráfico de un resumen del estado meteorológico presente de Europa, de modo que la administracion central de cada país podía examinar los presagios y modificarlos, en caso de necesidad, conforme á las circunstancias locales. Además de este servicio de mañana, M. Le Verrier había establecido otro de la tarde que funcionaba hasta media noche, para recibir y utilizar los avisos que hubieran podido llegar del extranjero: España y Bélgica enviaban todas las tardes despachos á este efecto: se estaba, pues, en condiciones de rectificar, si á ello había lugar, el aviso primero.

Apénas estaban organizados los avisos á los puertos, cuando se puso en evidencia su utilidad por la tempestad del 2 y 3 de Diciembre de 1863. Los despachos de 27, 28 y 29 de Noviembre, inspirándose en una baja barométrica creciente, anunciaron temores. «Es probable, decía el despacho del 28, que no tardemos en ver llegar fuertes rachas de viento.» Estos temores se cambiaron pronto en certidumbre, y el boletin del 1.º de Diciembre anunciaba á todos los puertos la proximidad de una tempestad viniendo del Sudoeste sobre Francia é Inglaterra. «La tempestad, que se extenderá probablemente á toda Francia, parece que debe ser bastante fuerte.» El despacho del dia siguiente anunciaba que la tempestad prevista comenzaba á invadir á Francia. Bastantes buques debieron su salvacion á este aviso, por lo que de todos los puertos franceses se dirigieron á M. Le Verrier las más calurosas gracias.

Desde Cherburgo le escribía el almirante M. Roze que, habiéndose comunicado por todo el litoral de la Mancha el aviso de 1.º de Diciembre, muchos buques mercantes habían retrasado su salida, pre-

servándose así de un desastre. El presidente de la cámara de comercio de Brest le escribía en el mismo sentido: «...Yo no sabría agradeceros bien vuestros avisos, cuya utilidad nádie niega y no tengo que buscar la prueba más que en los hechos que recientemente han pasado á mi vista. El 30 de Noviembre se guardaron bien nuestros navegantes de abandonar el puerto, á pesar de la buena apariencia del tiempo. Desgraciadamente para un gran número, circunstancias imprevistas vinieron á frustrar todos los cálculos... Así es que en la noche del 1.º al 2 del corriente, trece barcos en el puerto de Camaret, situado en el canal de Brest, fueron lanzados á la costa...» Este hecho muestra lo bastante la violencia de la tempestad. Los puertos del Mediterráneo y del Adriático fueron más afortunados que el de Brest, pues gracias al aviso que recibieron no tuvieron ningun siniestro que deplorar. Así, el presidente de la cámara de comercio de Tolon escribía á M. Le Verrier que «la institucion del servicio meteorológico es un inmenso y permanente beneficio...» (*Comptes rendus*, tomo LVIII, pág. 20).

La organizacion de ese servicio fué, sin embargo, objeto de muchas críticas, de las que la más fundada se refería á los presagios diarios. ¿Con qué garantía dar presagios cuando las observaciones no suministrasen ningun indicio cierto? Ó se exponé uno á transmitir avisos insignificantes, ó presagios desmentidos por los hechos, á riesgo de despojar á las previsiones fundadas en indicios ciertos del crédito que merecen. En apoyo de esta objecion, M. Matteucci hacía notar, en 1865, que de sesenta y nueve presagios recibidos de Paris y transmitidos á los diferentes puertos del Mediterráneo y del Adriático, cuarenta y cinco solamente se habían realizado, si bien es verdad que estos eran los más importantes, los que anunciaban fuertes borrascas ó la vuelta del buen tiempo. Con todo esto, las treinta y cuatro previsiones desmentidas por el acontecimiento podían desacreditar el servicio meteorológico, por lo cual M. Le Verrier parece haber reconocido el inconveniente de los presagios diarios, que ha suprimido desde el año siguiente de 1856. A partir de esta época, no se enviaron las previsiones del tiempo más que en los dias en que el estado de la atmósfera daba indicios ciertos, limitándose desde entónces al anuncio del comienzo del mal tiempo, de su persistencia y de su fin. Por lo demas, M. Le Verrier mantenía el envío diario á los puertos de la situacion presente de la atmósfera en una gran extension del país.

En la reorganizacion del servicio meteorológico llevada á cabo el año último por el director del Observatorio de Paris, se han conservado las disposiciones precedentes, completándolas más por el

envío diario á todos los puertos de una carta sacada del *Boletín del Observatorio*. En esas cartas «se halla indicada la situación atmosférica en Europa por curvas de igual presión barométrica, por flechas que hacen conocer la dirección así como la fuerza del viento que reina en cada estación, y por líneas paralelas más ó ménos juntas á lo largo de las costas para indicar el estado del mar. Los despachos y las cartas se fijan en el puerto, en un cuadro que contiene una instrucción detallada relativa á su interpretación.» (*Le Tour du Monde*, núm. 771, pág. 254).

La mayoría de las naciones marítimas han establecido un servicio semejante. «En América, dice la *Gazette d'Augsburg*, el pronóstico del tiempo goza de alto favor entre el público. De cien previsiones publicadas, sesenta y seis han sido confirmadas por observaciones subsiguientes, proporción que tiende siempre á crecer, y se espera que las probabilidades concluirán por aproximarse todo lo posible á la certidumbre. En dicho país parece que se utiliza la previsión del tiempo con un éxito creciente por la navegación, por la agricultura y por diferentes industrias. Convencido el Gobierno de la utilidad de estas indicaciones, concede 250.000 *dollars* para los boletines telegráficos destinados á dar á conocer el estado de la atmósfera, así como para los demás gastos que esto ocasione.» (*Journal officiel*, 30 de Octubre de 1875).

II.

LEYES DE LAS TEMPESTADES.

Las reglas seguidas en la interpretación de los boletines meteorológicos deben necesariamente apoyarse en las leyes que rijan los movimientos de la atmósfera. Si las causas de esos movimientos estuviesen bien conocidas, sería posible deducir las leyes; pero en el estado actual de la ciencia estamos reducidos á seguir el camino más largo del método experimental. Fuerza es, pues, reunir un gran número de observaciones simultáneas, hechas diariamente con cuidado en estaciones muy repartidas y que se extiendan á una parte considerable de la atmósfera. La comparación entre las observaciones de la víspera con las del día siguiente hará resaltar ciertas concordancias, reproduciéndose de una manera constante, y de este modo manifestará la existencia de alguna ley. Cerca de la mitad de nuestro hemisferio, de la América á la Rusia, se ha concertado en el último congreso meteorológico de Viena, para hacer observaciones practicadas diariamente en un mismo instante físico. ¡Que pronto pueda esta liga pacífica dar cima á alguna preciosa conquista! Entre tanto, hablaremos de la ley de las tempestades tropicales descubierta hace quince años por

Piddington en las Indias inglesas y por Reid y Redfield en los Estados-Unidos. Tomamos nuestros datos de la docta noticia publicada por M. Faye en el *Annuaire du bureau des longitudes*, 1875.

Cuando los eminentes autores de la ley de las tempestades comenzaron sus investigaciones, sólo tenían un dato, á saber: que en cada una de las tempestades el viento parece girar en círculo; y sin detenerse á buscar las causas ó el modo de formación de esas vastas perturbaciones atmosféricas, se limitaron á estudiar la manera como marchan. No carecían de documentos para este estudio, pues los mares en donde esos huracanes soplan son muy frecuentados. Después de cada uno de estos huracanes reunían las observaciones inscritas en los libros de á bordo de los barcos sorprendidos por ellos, teniendo cuidado de agrupar juntas las que se referían casi al mismo momento, á fin de anotarlas en una misma carta, en la que marcaban las posiciones de esos barcos y las direcciones de los vientos que los impelían; después aplicaban sobre dichas cartas transparentes donde estaban trazadas circunferencias concéntricas, y á fuerza de tanteos llegaban á hacer las flechas de los vientos casi tangentes á esas circunferencias. Así comprobaban que en el mismo momento toda la masa de aire envuelto en la tempestad estaba animada de un vasto movimiento giratorio alrededor de un eje, cuya señal sobre el suelo ó sobre el mar correspondía en la carta con el centro común de la circunferencia. Las posiciones, ocupadas sucesivamente por el centro giratorio, les hacían conocer la marcha del huracán, la dirección y la velocidad de su traslación. En fin, la posición de los barcos sorprendidos por el huracán y la de los que en el mismo momento se encontraban fuera de alcance les daban aproximadamente el radio del terrible meteoro, al que en razón de su forma le han dado el nombre de *cyclone*.

Procediendo de esta manera, han reconocido que los ciclones toman su origen cerca de la zona de las calmas, en las regiones ecuatoriales, y que se propagan en ambos hemisferios simétricamente en relación á esta zona, ensanchándose y acelerando su velocidad de traslación á medida que llegan á latitudes más elevadas. El centro giratorio describe una especie de arco parabólico, cuya primera rama se dirige hácia el Nor-Noroeste, y la segunda hácia el Nordeste. El cambio de dirección se efectúa hácia el límite de los vientos alisios. En su origen, los ciclones apenas tienen más de 50 leguas de diámetro; pero sus espirales se ensanchan á medida que avanzan, hasta el punto de que, en las zonas templadas, alcanzan frecuentemente 200 ó 300 leguas de diámetro, y ocupan sobre el globo una superficie superior á la de Francia. Pero al mismo tiempo pierden en

violencia lo que ganan en extension. Sin embargo, su fuerza no se debilita de tal manera que no puedan sembrar el espanto en las regiones que visitan.

La primera quincena de Noviembre se ha señalado en toda la Europa occidental por huracanes de una violencia extraordinaria. Del Havre y de la Rochelle escribían que no se recordaba haberse visto nunca tan terrible tempestad. Los estragos del huracan en Paris y sus cercanías, segun el *Bulletin française* consistieron en unas 10.000 chimeneas derribadas, 160 techos deteriorados, 30.000 cristales rotos, 1.000 empalizadas arrancadas y 200 árboles tronchados y descuajados. La Suiza se ha visto cubierta de ruinas; los edificios destruidos se cuentan allí por centenares, y por millares los árboles arrancados. En la Argovia los árboles más hermosos han sucumbido los primeros; tilos seculares y gran número de árboles frutales han sido echados á tierra por el soplo impetuoso de la tempestad. No obstante, todos esos daños sólo dan una idea escasa de los desastres causados por los cyclones cerca de su origen en los mares de la India, de la China y de las Antillas. Allí destruyen en algunos instantes centenares de embarcaciones, arrastran las casas, destruyen las cosechas, trastornan el suelo mismo, y por mareas gigantescas lanzan las aguas al interior de las tierras. Tal vez recuerde el lector la carta del R. P. Depelchin sobre el cyclone de Calcutta de 1.º de Noviembre de 1869: sin contar más que los desastres de la ciudad y de los arrabales, los estragos del meteoro fueron 1.016 personas muertas, 163 casas europeas y 29.231 indias destruidas. Afortunadamente, no todos los cyclones son tan desastrosos: se cuentan, sin embargo, bastantes más terribles, como por ejemplo el que se presentó en las Barbadas el 10 de Octubre de 1780, destruyendo árboles y casas y todo cuanto encontró á su paso echando á pique toda una flota inglesa, y no dejando en pié ninguna aldea de la isla; más de 6.000 personas fueron sepultadas bajo los escombros. Pasando el cyclone de las Barbadas á la Martinica, envolvió un convoy de transporte frances y sumergió más de 40 barcos que conducian 4.000 soldados; despues, recorriendo la isla, arrasó por completo la ciudad de San Pedro y otras poblaciones cercanas, é hizo perecer cerca de 9.000 personas.

Además de esta fuerza mecánica, cuyos efectos acabamos de exponer, los cyclones ofrecen muchas particularidades notables. Al principio, es constante sobre el mismo hemisferio el sentido de la rotacion, que se efectúa de derecha á izquierda, en sentido inverso de la de las agujas de un reloj, para el hemisferio boreal, y de izquierda á derecha en el austral. Pero lo que parecerá más sorprendente es la existencia hácia el centro del meteoro de una vasta region donde el aire permanece extraño á la

violenta rotacion del cyclone. A juzgar por el tiempo que esta region tarda en pasar por un mismo punto, debe ser su diámetro la décima parte, próximamente, de el del cyclone. Hácia el contorno de esta region encuéntranse nieblas, nubes más ó menos agitadas por el movimiento giratorio con que confinan; pero al centro, y sobre su mayor extension, el cielo es ordinariamente de una pureza notable. A esta constitucion de los cyclones es á lo que la expedicion de San Pablo debe su éxito inesperado en la observacion del último paso de Vénus. Desde el 6 de Diciembre fué anunciada la proximidad de la tempestad por una baja continua del barómetro, que descendió en dos dias desde 770 milímetros á 751. Las primeras acometidas del huracan comenzaron en la noche del 7, y fueron constantemente creciendo hasta la noche del 8 al 9 en que el barómetro descendió hasta 749, y en que fué tal la violencia de la tempestad que, á pesar del obstáculo opuesto al viento por las rocas de la isla, las chozas de los observadores resistían con trabajo. El 9, el dia decisivo, á las tres de la mañana, entró la isla en la parte central del cyclone, sustrayéndose así á su movimiento giratorio. Este paso fué anunciado por un cambio súbito en la direccion y en la fuerza del viento. El cielo se despejaba cada vez más, y desde las siete al medio dia pudo ser observado en las mejores condiciones el paso de Vénus por el Sol. Los vapores que, aún en el mejor tiempo, se elevan de las fuentes calientes de esta isla volcánica, habían sido barridos, de manera que se encontraba la atmósfera en un estado excepcional de pureza. La marcha del meteoro parecía calculada por la Divina Providencia de manera que recompensara la abnegacion de nuestros intrépidos marinos, pues apenas se terminaron las observaciones cuando el cielo empezó á oscurecerse, y pronto volvió á comenzar la tempestad para no concluir sino treinta y seis horas despues. La region tranquila del cyclone había pasado, y la isla se encontraba comprendida en la cola del meteoro.

Podría creerse que el navegante cogido en un cyclone debe encontrar algunas horas de reposo cuando llega á la region central. Esto es verdad algunas veces; pero con frecuencia esa calma es para él una causa de peligro, á ménos que no se halle provisto de un motor de fuego, pues el mar no cesa de ser violentamente agitado, y el impulso dado al barco por un viento muy débil es insuficiente para asegurar la accion del timon; la embarcacion se convierte entónces en juguete de las olas, es embestida por olas furiosas sin poderlas hacer frente, y corre el riesgo más grande de ser sumergida.

Despues de haber reconocido la constitucion y la marcha de los cyclones, los autores de la ley de las tempestades dedujeron reglas prácticas que ya han

prestado eminentes servicios á la navegacion. Gracias á esas reglas, el marino puede conocer, á la aproximacion de un cyclone, de qué lado está el peligro que le amenaza. La proximidad de un cyclone se anuncia por un continuo y prolongado descenso del barómetro. Pero, ¿dónde está el centro del meteoro? ¿Cuál es su camino?—La respuesta á la primera cuestion está en la siguiente regla, deducida por Piddington de la constitucion del cyclone: «Poneos de cara al viento y extended el brazo derecho perpendicularmente á su direccion; vuestro brazo será dirigido hácia el centro del cyclone.» En el hemisferio austral, donde la rotacion se efectúa en sentido inverso, sería necesario extender el brazo izquierdo. Si la aplicacion de esta regla da durante muchos horas la misma direccion, el marino debe deducir que se halla situado cerca del diámetro descrito por el centro del cyclone. Entónces queda un recurso, el de seguir aproximadamente la direccion del viento dando al barco la mayor velocidad posible, de cuyo modo será llevado al semicírculo *manejable*, es decir, á la parte del cyclone en la que la velocidad de rotacion disminuye por la velocidad de traslacion. La otra mitad del cyclone se llama semicírculo *peligroso*, porque la velocidad de rotacion se encuentra aumentada por la velocidad de traslacion. Es de la más grande importancia para el navegante distinguir estas dos regiones. Pero ¿cómo podrá conseguirlo?—Por la siguiente regla de Reid: «Cualquiera que sea el hemisferio, si el viento cambia sucesivamente de direccion girando sobre la rosa náutica de los vientos en igual sentido que el cyclone mismo, se está en el semicírculo manejable; si el viento cambia girando en el sentido opuesto al de la rotacion propia del cyclone, se está en el semicírculo peligroso.» En fin, el marino puede reconocer si se aproxima ó se aleja del centro, pues la depresion barométrica y la violencia de la tempestad aumentan á medida que uno se acerca á la region central.

Tal es la ley de las tempestades que Reid, Redfield y Piddington han deducido, sin teoría preconcebida, de la simple observacion de los hechos, y que no debe considerarse sino como una primera aproximacion, porque en ella no se tiene cuenta alguna de las circunstancias locales que pueden modificar la forma y la marcha del cyclone. M. Meldrum, director del Observatorio de la isla Mauricio, muy preocupado con una de las modificaciones accidentales manifestada en el huracan de 25 de Febrero de 1860, ha puesto en duda la exactitud de la ley de las tempestades: segun él, es preciso tomar por diagrama de los cyclones, no circunferencias concéntricas, sino líneas espiralóideas dirigidas hácia un centro comun y redondeándose en círculo á cierta distancia del centro. Esta es la teoría centrípeta de M. Espy, con

la diferencia de que los radios rectilíneos se reemplazan por espirales. Es preciso hacer esta concesion á la teoría circular. ¿Cómo explicar, de otro modo, que un barco, huyendo viento en popa de la tempestad, dé muchas veces la vuelta á la region central? Esto es lo que sucedió al *Charles Heddle* en la tempestad de Febrero: arrastrado por ella, vió la direccion del viento describir círculo cinco veces, es decir, que giró cinco veces alrededor del centro ántes de poderse desembarazar. El *Earl Dalhousie* no fué más afortunado en la tempestad del 16 de Mayo de 1863, que, huyendo viento en popa, dió hasta tres veces la vuelta al centro. Es, pues, incontestable que el viento gira circularmente en los cyclones, al ménos en la proximidad de la region central. ¿Es necesario añadir á estos círculos las espirales de M. Meldrum? Los hechos suministrados por este sabio contra las leyes ciclónicas han sido discutidos por M. Faye ante la Academia de Ciencias, en la sesion del 12 de Julio de 1875, y ese sabio encontró en ellos una confirmacion de la forma circular, á condicion de que se tengan en cuenta los vientos alisios. En los mares de la Reunion y de la isla Mauricio, los vientos alisios soplan del Sudeste, y, por consecuencia, en un sentido casi perpendicular al movimiento de traslacion del cyclone. Delante del meteoro, coincide esta direccion de los alisios, con corta diferencia, con la velocidad de rotacion; la forma circular no se altera, pues; pero el alisio se añade al viento cyclónico, lo que explica la observacion hecha hace mucho tiempo por M. Meldrum de que delante de los cyclones los alisios soplan huracanados. En otras partes, la composicion de los alisios con los vientos cyclónicos dará una direccion diferente. Hácia atrás, especialmente, el alisio está diametralmente opuesto al movimiento giratorio; si, pues, sucede que esas dos velocidades sean iguales, se destruirán y no quedará más que la velocidad de traslacion del cyclone, la cual será necesariamente dirigida hácia el centro. Con el auxilio de estos principios, demuestra M. Faye que los diagramas de M. Meldrum se reducen á diagramas circulares cuando se tienen en cuenta los alisios, segun la regla de la composicion de las velocidades. En consecuencia, M. Faye completa de la manera siguiente la regla de Piddington:

«Para determinar el centro de un cyclone en la region de los vientos alisios, si el observador se encuentra cerca del borde en el semicírculo expuesto á esos vientos, deberá aplicar la regla habitual (de Piddington), no al viento que recibe, sino al que, compuesto con el alisio conocido, daría por resultado el viento observado, en extension y direccion.

»Cuando se obtengan gráficamente dos determi-

naciones del centro suficientemente distintas, se corregirá, si á ello hay lugar, esas primeras construcciones, introduciendo en ellas la velocidad de traslacion.»

Las decepciones causadas por las leyes de las tempestades en los mares de la Reunion y de Mauricio, provienen sólo de que se las ha querido aplicar á los vientos observados, sin deducir ántes la accion de los alisios. No se puede, pues, sacar un argumento serio contra las reglas prácticas seguidas desde hace quince años, y con éxito, en los mares tropicales.

T. PEPIN.

(Concluirá.)

(*Etudes religieuses.*)

BENITO ESPINOSA.

NOVELA.

XII. *

UN NUEVO COMPAÑERO.

Estaba Olimpia sentada al lado de su ventana, acompañada de un jóven cuyo aspecto era fastuoso.

—¿Veis,—dijo Olimpia,—aquel que viene hácia acá con aire tan pensativo?

—¿No es un judío?

—Sí,—dijo Olimpia.—Desciende de una noble familia española; mi padre le estima mucho, y yo... yo le amo como á uno de mis mejores amigos. Nacido dentro de una religion que tiene por enemigo el mundo entero, su pensamiento se ha elevado á gran altura, al desden de toda preocupacion vulgar, á un sentimiento de justicia inflexible, digno de admiracion.

—Pero ¿qué os parece de mi talento de fisonomista?—preguntó el extranjero, arreglando presuntuosamente sus bigotes.

—Creo,—decía Olimpia,—que Amsterdam debe estar orgullosa de ser la única ciudad del mundo donde existe completa libertad de cultos y donde se permiten las conversiones de los cristianos al judaismo. Es preciso que conozcais á Espinosa; es un hombre notable.

Espinosa entró.

—Os presento á Mr. Kerkering,—le dijo Olimpia,—del cual ya os he hablado, que ha sido discípulo mio y á quien la muerte de su padre le ha impedido visitarnos con frecuencia.

—De seguro que le parecerá á usted bien, Sr. Es-

pinosa,—dijo Kerkering,—la resolucion que he tomado de volver al lado de la señorita Olimpia para recibir de sus labios la miel de la sabiduría de la antigüedad.

Al momento entró Oldenbourg, que examinó un instante á Kerkering, que le presentó Olimpia, y se volvió en seguida para decirle á Espinosa:

—Si hubiera sabido que te encontrabas aquí, me hubiera excusado buscarte en tu casa.

—¿Tú?—preguntó Olimpia.—¡Cordial palabra! ¡Qué felices son los hombres al usar esta palabra con aquellos á quienes aman! Los romanos siempre se tuteaban. Por mi parte, me alegro de ver que habeis llegado tan pronto á ser buenos amigos por mi mediacion.

—Dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí,—dijo Espinosa sonriendo.

—¿Y por qué no á una cuarta?—replicó Olimpia.—Somos los representantes de las cuatro potencias; hagamos, pues, una cuádruple alianza. Usted, señor Espinosa, representará á Moisés, Mr. Oldenbourg á su Calvino, Mr. Kerkering á su Lutero, y yo... yo representaré al Papa. No hay nada que objetar, pues me llamo Olimpia *Maria* Honoria. Estrechad, Mr. Kerkering, la mano de estos señores; estamos unidos hace tiempo; formemos, por tanto, los cuatro el gran círculo que concilia todas las religiones.

—Temo,—dijo Oldenbourg,—que sea este problema igual al de la cuadratura del círculo. Vais más allá que Hugo Grocio, que, aunque pensaba en una paz eterna entre las religiones, había olvidado á los judíos en su proyecto.

Por toda respuesta Olimpia cogió la mano á Kerkering y la colocó entre las de los dos amigos.

—Siempre idea extravagancias,—dijo Oldenbourg al salir á Espinosa.—Tienen las mujeres manías por las uniones. Si están casadas, desean preparar á los demas igual dicha; si tienen un amigo, es preciso que lo sea de los otros, aunque no simpatice. ¿Qué tenemos que ver con este Kerkering, á quien trata como á un autómeta?

—Tales lazos no te debieran desagradar,—contestó Espinosa.—Tu maestro Descartes vería en ellos una prueba de que no sería posible ninguna existencia real sin la mediacion exterior é incesante de una sustancia superior.

XIII.

EL OFICIO.

Mientras que Espinosa se engolfaba en sus reflexiones sobre la existencia real de las cosas, sobre la razon interior de los fenómenos y sobre sus determinaciones necesarias y contingentes, y meditaba las demostraciones matemáticas de Descartes, reflexionaba su padre sobre la razon suficiente de

* Véanse los números 96, 97 y 98, págs. 314, 329 y 385.

la existencia real, y sus conclusiones tenían tanta ó más exactitud que las del filósofo.

—¿Sigues decidido,—dijo un día á su hijo,—á no llegar á ser rabino? ¿Has pensado en el mal que nos proporcionas? Veo bajar á la tumba ántes que yo mi suprema alegría.

—Padre mio,—contestó Baruch,—está dicho en las sentencias de los Padres. El rabino Zadoc dice: «No conviertas la ciencia de la ley en una corona para glorificarte, ni hagas de ella un instrumento para tu subsistencia. Es muy triste la condicion de una religion cuando sus apóstoles son recompensados con dinero.»

—Bien, soy de parecer del rabino Zadoc; pero ¿qué se ha de hacer cuando no hay otro medio? Casadas mis hijas, todavía quedas tú; mi pleito va mal, y yo te dejaré al morir tan poca cosa que no podrás vivir. Dime, pues, ¿qué piensas hacer?

—¿Quieres que me haga negociante?

—No; nunca has tenido disposicion para los negocios.

—El rabino Gamaliel dice: «El estudio de la ley es bello, unido á una ocupacion de la vida ordinaria; pero el estudio sin trabajo lleva á la ociosidad y ésta conduce al pecado.» Yo quisiera aprender un oficio.

Accedió su padre, y Espinosa se alegró de ello, porque estaba firmemente resuelto á no seguir nunca la rutina ordinaria, vendiendo su ciencia y su conciencia por el pan de cada día. Si su trabajo manual aseguraba su subsistencia, quedaban libres sus convicciones, y no estaba obligado á doblegarlas á las exigencias y necesidades diarias. Meditó mucho para elegir oficio. Recordó que muchas veces, al ir á la escuela del Talmud ó á casa del magister Nigritius, se había parado delante de los escaparates mirando á los diamantistas. Pensó que lo que generalmente se llama una resolucion libre de la voluntad es simplemente el resultado de una impresion recibida, desenvuelta mediante una gradacion imperceptible. El estudio de Descartes dió tambien un impulso decisivo á la resolucion de Espinosa. Estudiaba éste entónces en los libros del maestro la ley de la refraccion y la verdadera explicacion del arco iris. Se resolvió, pues, Espinosa á proveer, mediante su propio trabajo, á las necesidades de su vida, procurando al mismo tiempo indagar en el pensamiento la verdad en sí. Declaró un día á su padre que quería aprender el arte de tallar y pulir los cristales ópticos.

—Pero si es un oficio,—contestó el padre,—que no da para comer, ¿cómo podrás alimentar una familia? ¿te propones acaso que se extinga contigo el nombre glorioso de nuestros antepasados?

Espinosa no contestó á esta pregunta; quizá presentía ya que inmortalizaría este nombre de otro

modo; pero insistió con su padre, afirmando sus instintos de independenciam y repitiendo que el rabino, al recibir una retribucion, se convertía en criado de los particulares. Se regocijaba el viejo español de ver revivir en su hijo el orgullo de raza, aún no extinguido en su alma.

—Sea,—dijo por fin el padre,—como desees. Cuando examino todos los oficios, observo que este es el mejor para aquel que no dispone de gran capital.

Fueron á ver á Ch. Huygens, hábil en el arte y tío del gran matemático del mismo nombre, aunque desprovisto del genio poético de su hermano y del científico de su sobrino. En el curso de la conversacion, Espinosa dijo al maestro que conocía las leyes de la óptica, que sabía bastante bien las matemáticas y acabó preguntándole si podría aprender su oficio en seis meses.

—¿Seis meses!—gritó Huygens, dando un salto en su silla;—llévete el diablo. Hace 47 años que ejerzo mi oficio y apenas si puedo decir que lo entiendo y soy capaz de enseñarlo. Hay en mi taller obreros que llevan siete y ocho años y que no saben componer este microscopio, si yo lo descompongo ahora. Debo advertiros que el oficio es insano; además es malo; no se gana nada en él.

A pesar de todo, Espinosa convino que, por una módica retribucion, podría aprender el oficio todo el tiempo que quisiera. Entró, pues, nuestro filósofo en un nuevo círculo; pasó días enteros en el taller aprendiendo á manejar el diamante agudo, que, fijó al extremo de un compás, sirve para cortar las lentes en el disco del cristal; pero el corte no correspondía del todo con la intencion, y dejaba bordes cristalinos, que era preciso hacer desaparecer. Espinosa opuso á estas y otras dificultades, anejas al oficio, su fuerza de voluntad; venció pronto los obstáculos, y su vista resplandeció de alegría la primera vez que pudo presentar al maestro un cristal que había tallado y pulido sin ayuda de nadie desde el primer corte hasta su perfeccion.

En tanto que Espinosa tallaba, con mano ya hábil, cristales para los ojos del cuerpo, su pensamiento pulimentaba los oculares más sutiles para el uso del espíritu de su tiempo y de la posteridad. Facilitaba su trabajo interior la imposibilidad que tenían los obreros de hablar entre sí á causa del ruido continuo del trabajo, pudiendo de esta suerte seguir mejor el hilo de sus pensamientos.

Había en el taller un obrero joven y alegre, que andaba con muletas porque tenía los piés completamente vueltos hácia atras. Al soltar sus muletas y preparar su trabajo, acostumbraba á ensartar un discurso mitad cómico, mitad serio.

—Soy más dichoso,—decía un día,—que el rey

Nabucodonosor, porque tenía los piés de barro y no podría andar por nuestro empedrado. Al ménos yo he cogido dos ramas de un árbol y las he convertido en piés. La primera vez que coja un águila, la arrancaré las plumas y me haré alas. Puedo pretender tener alas, ya que la bondad de Dios me ha concedido piés que no me sirven para nada. Ya vereis entónces, amigos, cómo no se necesitan telescopios: necesita un sabio averiguar lo que pasa en las estrellas, aquí estoy yo, P. Blynyug, para volar á ellas. Quizá me quedaré por allá y no volveré, porque alguna bella quiera casarse conmigo en la luna. De no ser así, no encontraré con quién casarme.

Risas y bravos acogían estas amargas palabras.

—Realmente,—decía otra vez,—todos somos acá en la tierra constructores de muletas; necesitamos corregir á cada paso la obra de Dios. Si hubiera dado á las gentes mejor vista, ni serían necesarios los telescopios ni precisos los anteojos. Que Dios me perdone si á veces me rebelo contra él; pero ¿qué le hecho yo, por ejemplo, para que me envíe al mundo sin completar? Hubiera hecho perfectos mis piés, y yo satisfaría así mi más vivo deseo, el de poder bailar. Si no quiere concederme en la vida futura mejores piés, le hago merced de ella.

Espinosa procuraba convencerle de que el dolor y las imperfecciones corporales no tienen nada real; añadía que el verdadero destino del hombre es vivir segun el fin que le está asignado, y que no existe dicha alguna fuera de esto.

—¡Ah! usted puede decir eso,—replicaba Pedro, y su voz sufría una emocion melancólica;—pero, ¿pido algo más que lo que me pertenece como hombre?

Espinosa se esforzaba por proporcionarle algun consuelo y ganaba así su confianza. Pero, al consolarle, nuestro filósofo percibía cuán difícil es bajar de las alturas de un idealismo general á aplicar el sistema á las cuestiones y necesidades diarias de la vida vulgar. Aunque Espinosa tenía fama de sabio en el taller, era siempre tratado, como judío, con cierta protectora benevolencia, que no excluía de parte de los obreros un aire de orgullo nobiliario. Se resignó con gusto y logró prevenir todo exceso, hasta que fué tratado con bastante consideracion.

Se consideraba Espinosa dichoso viviendo entre los que renuevan la vida con la obra de sus manos. La naturaleza cumple silenciosa y ciegamente su ley. El hombre, al trabajar, reconoce la ley de su existencia y la cumple libremente, elevándose de la tierra una sinfonia majestuosa en que se conciertan la voz del orador y la pluma del pensador con el choque de los martillos y el ruido del vapor. La naturaleza vive, el espíritu piensa y la union de la vida y del pensamiento se cumple mediante el trabajo. Espinosa estaba contento de sí mismo; Olim-

pia no quedó muy satisfecha cuando supo su nuevo género de vida.

—Cierto,—dijo ella;—se puede hacer mucho siguiendo todo el dia sus propios pensamientos; por esto sin duda me ocurren mis mejores ideas al bordar. Contiene esa guirnalda de rosas que veis, historias más locas y más largas que las *Gesta Romanorum*.

—Pero yo no trabajo sólo para ocupar mis manos; trabajo para comer.

—¿Por qué habeis entónces adquirido tanta ciencia, por egoismo? Mi padre intenta ampliar sus enseñanzas; os reservará una cátedra, si quereis ser mi colega.

—Siento tener que rehusar. Llamadme, si quereis, egoista; necesito primero cumplir mis deberes conmigo mismo; si despues puedo enseñar algo útil á los hombres, lo pensaré; pero nunca venderé la más mínima convicción por un bien perecedero.

—Llegais siempre como el *Deus ex machina*,—dijo Olimpia á Oldenbourg, que entraba en aquel momento.—Ya sabreis que vuestro ahijado filósofo pretende ser maestro de un gremio de oficios.

—Apóstol del universo, quereis decir.

—A mí me crisca los nervios representarme la mano de un filósofo dando vueltas á la rueda de una máquina ó cansándose en manejar herramientas bastas. Es una imágen repugnante.

—No desprecieis,—contestó gravemente Espinosa,—la herramienta, pues constituye un atributo de la humanidad. Yo necesito, sobre todo, servirme de ella para alimentar mi cuerpo.

—¿Cuándo has nacido?—interrumpió Oldenbourg.

—Pregunta singular es la tuya, querido padrino,—contestó Espinosa;—he nacido en Noviembre de 1632.

—Justo,—continuó Oldenbourg;—¿no has oido hablar de Jacobo Bøehme, siempre elevado á las nubes apocalípticas? Era de oficio zapatero, y voy á probarte con el Apocalipsis que siete años despues de su muerte debía nacer un filósofo que sería obrero.

—No es exacta la comparacion,—dijo Olimpia;—vuestro apóstol J. Bøehme era zapatero y llegó á ser filósofo, miétras que nuestro Maledictus quiere convertirse de filósofo en obrero.

—Pero, en fin, hablando seriamente, ofendes con tal resolucion á tus amigos. ¿No me has dicho tú mismo que todo debe ser comun entre amigos? ¿Somos de naturaleza tan inmaterial que sólo podemos ser co-partícipes de palabras y de sentimientos y no del dinero?

—Veo en ello tu noble corazon, y es mi mejor manera de mostrarte mi reconocimiento,—replicó Espinosa;—pero he dicho ya que nunca aceptaré nada de un amigo, miétras pueda vivir del trabajo de mis manos.

XIV.

LO INEFABLE.

—¿Qué os parece Kerkering?—preguntó Olimpia un día que éste no asistía á la lección.

—Lo que á vos,—contestó Espinosa.

—Confiais demasiado en la semejanza de nuestras ideas. Veamos, ¿qué encontráis en él de vituperable?

Se ruborizó Espinosa ante tal pregunta. Quizá confundía á Olimpia y Kerkering en la misma censura; tal vez atribuiría Olimpia lo que iba á decir á celos.

—Kerkering,—dijo Olimpia,—tiene un corazón excelente; su locuacidad es falta de su carácter nacional.

Abandonó Olimpia esta conversacion, y dijo:

—Oldenbourg quiere que, como mi homónimo Olimpia Morata, me ensaye en la poesía; pero confieso que los poetas me inspiran tanta lástima como respeto por la facultad que tienen y la fatalidad á que están sujetos de exponer públicamente la esencia íntima de su sér. Prefiero imitar á los filósofos de la antigüedad, que nunca tomaban su alma como objeto de sus exposiciones.

—Estoy conforme con vuestro punto de partida,—contestó Espinosa,—y si fuera teólogo podría recordar alegóricamente, en confirmacion de vuestra tesis, que en el templo de Jerusalem entraba una sola vez al año el gran sacerdote en el *Sancta Sanctorum* para pronunciar el nombre inefable de Jehová, ante el cual todo el pueblo se echaba en el suelo. Mediante un fraude piadoso se podría deducir de este hecho la idea que acabais de expresar de otra manera; pero no me agradan interpretaciones violentas.

—No useis una precision tan grande. Es un símbolo magnífico. Sí, sólo una vez, cuando lo divino se une á lo humano, el santo de los santos debe abrirse y lo inefable debe sensibilizarse en palabras. ¿No suele afirmarse, en la vida ordinaria, que los que nos rodean presienten á veces ante ciertas heridas que se nos infieren lo que está encerrado en nuestros corazones y que no quiere ser expresado?

—El presentimiento más seguro tiene mucho de ilusion.

—Pero no en tal caso. ¡Oh! es un dulce encanto poder desdeñar la palabra y saber con certeza inflexible que en las profundidades que no penetra ninguna mirada, las raíces de nuestra alma están fraternalmente unidas á otras.

Era una mirada de un deseo profundo, inefable, la que Olimpia dirigía en aquel momento á Espinosa. Él la observaba con segura tranquilidad, y, dotado

de gran perspicacia para descubrir las más imperceptibles señales del pensamiento y del sentimiento, parecía no comprender que tenía delante un alma que aspiraba á unirse con la suya.

—Lo inefable de que hablais,—dijo despues de un silencio forzado,—debe quedar tal.

Así significaba que había comprendido el pensamiento de Olimpia y que quería darle otro giro.

—No vendré á veros mañana. Se casa mi hermana Miriam con el jóven Casseres. Dios la haga dichosa. Ella era mi consuelo; pasábamos á veces la mitad de las noches hablando, y nos comprendíamos.

Sin dejarse dominar por tal digresion, volvió Olimpia á su pensamiento, diciendo:

—Sois más dichoso que yo, que vivo aislada, sin haber conocido á mi madre. La guerra me ha arrebatado mi único hermano, Cornelius, prometido á mi prima Cecilia. Muchas veces he pensado que valía más que hubiera muerto yo, porque él podía haber gozado de la vida y ser útil al mundo; pero ¿qué puedo hacer yo?

Al acabar de hablar Olimpia, entró su prima Cecilia, que llegaba á tiempo para librarles de una conversacion escabrosa. Se despidió Espinosa, y se fué contento de sí mismo por haber vencido sus primeros impulsos, aunque no dejó de sentir cierto orgullo secreto, porque veía que había obtenido, aún sin solicitarlo, el amor de la jóven.

Indispuesta estuvo todo el día Olimpia y llorando á solas, al ver que su amor no merecía más que indiferencia.

—Es un hombre sin corazón,—se decía,—un egoísta, una razon glacial.

Al día siguiente se levantó Olimpia, y puesta al espejo se decía que, aunque Espinosa se creyese un Dios superior á las pasiones humanas, era preciso cayese de rodillas delante de ella, porque así importaba á su honor y dignidad.

—Una vez vencido,—decía Olimpia,—meditaré lo que he de hacer.

En medio de la expansion general que había con motivo de la boda de Miriam, dentro de la fiesta de familia, única alegría que se permitían los judíos desde su dispersion por la tierra, se consideraba Baruch más triste y aislado que nunca. ¿Le preocupaba acaso el recuerdo de Olimpia? ¿Quizá se dolía interiormente de haber roto sus lazos con la comunidad?

Había terminado la comida en medio de las alegrías del vino y del placer del tabaco. Baruch seguía sentado á la mesa cuando se acercaron á él Chisdaï y Ephrain.

—«Regocija el vino el corazón del hombre,» (Ps. civ, 15)—dijo Chisdaï alzando alegremente su vaso.

—Por eso, sin duda,—replicó Baruch,—prohiben

los talmudistas beber vino puro (vivo), y quieren que se le *mate* mezclándole con agua.

—Sí,—añadió Ephrain, bebiendo con Baruch,—tambien nuestros padres entendían la vida. «El espíritu divino descansa en el hombre sólo en la alegría,» dice el Talmud.

—Eres un buen corazon, Ephrain,—dijo Baruch.

—A todos los placeres de la vida,—dijo Chisdaï, dando una palmada en la mesa,—debe ser preferido el inestimable favor de poseer la única revelacion de la verdadera naturaleza de Dios. Sólo nosotros la poseemos libres de todo error é ilusion.

—¡Oh!—contestó Baruch,—mucho adelantar es eso. ¿Ignoras lo que refiere el tratado «Sabat» del rabino Samuel? Nunca pasaba un puente este talmudista sin ir acompañado de una persona de otro culto, porque decía que la tentacion es impotente contra dos religiones juntas.

—Ya que estudias los clásicos,—preguntó Chisdaï,—¿no hallas en el judaismo más ciencia que en todos los demas pueblos?

—Imparcialmente considerado,—contestó Baruch,—hallarás en la Biblia tanta verdad como en los demas libros. Considera las cosas sin la preocupacion del orgullo judáico. ¿No se habla del alma diciendo que se encuentra tan pronto en la sangre como en el aliento? ¿No se dice que Dios es incorpóreo? Pues aún cuándo se afirme que en la Biblia, para hablar á los hombres, se ha usado su mismo lenguaje, piensa que se concibe á Dios en el espacio, pues baja al Sinaï en una nube de fuego. Existen indudablemente en la Biblia ideas puras y sublimes de Dios; pero respecto á su esencia y á sus relaciones con las cosas creadas, hallarás siempre afirmaciones, nunca pruebas.

—Y,—replicó Chisdaï crispando los puños,—¿nada más sabían los profetas?

—Eran los profetas hombres inspirados, que pretendían abrazar el infinito y el todo, que, preocupados con la suerte de Israel y del mundo entero, como Isaías, por ejemplo, lloraban sobre Jaeser. Pero eran hombres como nosotros, y en ciertas cosas más ignorantes que nosotros, pues carecían de las nociones más elementales de historia natural.

Habló Espinosa largo rato de este asunto, y era cada vez más preciso é incisivo en sus ejemplos. Chisdaï aparentaba exteriormente mucha calma, y cuando creyó haber oido lo suficiente, se marchó con Ephrain.

Baruch siguió solo á la mesa, y al poco rato se acercó su hermana Miriam, y le dijo:

—¿Qué has hecho? Chisdaï, que es pájaro de mal agüero, echa pestes contra tí; le he oido decir: «Maldito sea el aire que respira ese réprobo. Ya has oido, Ephrain, cómo blasfema contra Dios y los profetas. ¿Por qué no ha bajado del cielo una mano para

arrancarle su lengua sacrilega? Es mejor que tú le hayas oido tambien, porque no basta sólo un testigo. Irás conmigo delante de Sanedrin, le acusaremos, se le condenará á la gran excomunion y le pondré el pié en el cuello.—No le delataré,—contestaba Ephrain;—nada he oido.—¡Ah!—replicó Chisdaï cogiéndole fuertemente del brazo,—no quieres! Pues jurarás que no has oido nada.» Por Dios, hermano mio, qué desgracia va á ocurrirnos; preferiría morir hoy mismo á presenciar cosa igual.

Espinosa tranquilizó á su hermana, y decía para sí:

—¡Cuán grande eras ayer diciendo á Olimpia que la concepcion de las cosas supremas debía quedar inefable en el alma! Acabas de recibir una prueba de ello.

Se sumió en una prolongada tristeza durante todo el dia.

Por el pronto no tuvieron éxito los esfuerzos del delator, que sólo aducía palabras y no hechos; así es que Chisdaï tuvo que dilatar su proyecto.

BERTHOLD AUERBACH.

(Continuará.)

MÚSICOS CÉLEBRES.

CLAUDIO MONTEVERDE.

Verdaderamente singular fué el destino del gran artista cuya vida voy á contar. Innovador y reformista, mientras vivió fué blanco de apasionados ataques de teóricos y escolásticos, que le censuraban sus atrevimientos contra las reglas seculares del arte y le acusaban de alterar la armonía hasta en sus bases fundamentales. Despues de muerto, todos se aprovecharon de sus innovaciones, lo que no ha impedido que despues de siglos haya quien las niegue ó ponga en duda, y que dos literatos musicales modernos hayan mantenido polémica, uno (Mr. Gevaert) para atacar sus derechos adquiridos, otro (Mr. Fetis) para defenderlos.

No es mi ánimo renovar este debate, cuya solucion es probablemente imposible, ni aún siquiera romper una lanza en favor de mi héroe; pero opino que los dos valerosos campeones que entraron en la arena de la discusion, han exagerado las consecuencias de sus sistemas, lo cual se explica por el ardor de la lucha, por la contradiccion y por la obstinacion natural á todo hombre convencido de la verdad de su doctrina.

Creo, sin embargo, que algunos de los argumentos de Fetis para sostener que Monteverde ha sido el promovedor (no digo el creador) de la tonalidad actual son más sólidos que los alegados por Mr. Gevaert para atribuir á otros esta gloria, y señalada-

mente á Julio Caccini, aunque Caccini haya sido también músico de gran valor é innovador en su estilo; sólo que las innovaciones accidentales en Caccini eran sistemáticas en Monteverde.

Ningun autor en los siglos XVII y XVIII ha titubeado en conceder al maestro veneciano la gloria que le pertenece, colocándole en primer rango entre los artistas de su época, y, sin quitar importancia á los razonamientos de Mr. Gevaert, creo que dichos autores se encontraban en mejores condiciones que él para juzgar á Monteverde, porque, contemporáneos suyos, ó viviendo poco tiempo despues, tenían á mano documentos de toda especie, partituras, manuscritos, libros que no ha podido consultar el sabio director actual del Conservatorio de Bruselas, por ser destruidos ó haber desaparecido el mayor número durante los trastornos políticos del Véneto en 1797.

En apoyo de mi opinion, puedo citar la de un contemporáneo de Monteverde, la del frances Maugars, el violinista más hábil de su época, que escribe lo siguiente en su *Contestacion á un curioso sobre el sentimiento de la música italiana*, escrita en Roma el 1.º de Octubre de 1639:

«Terminaba aquí, cuando advierto que mi memoria me iba á hacer cometer un crimen olvidando *al gran Monteverde*, maestro compositor de la iglesia de San Márcos, *que ha encontrado un nuevo modo de componer admirabilísimo, tanto para los instrumentos como para las voces*, lo cual me fuerza á citároslo como *uno de los primeros compositores del mundo* y cuyas obras nuevas os enviaré cuando Dios me permita pasar por Venecia.»

Esto lo escribía, en vida de Monteverde, persona muy competente y de cuya imparcialidad no puede dudarse, puesto que no era conciudadano, amigo, discípulo ni rival de este maestro. También es indudable que Maugars no hablaba de oídas, ni ateniéndose á las opiniones de otros, sino que las obras de Monteverde, tan elogiadas por él, le eran familiares, oyéndolas y estudiándolas con frecuencia.

Natural es que Maugars conociese también las obras de los maestros florentinos Peri, Caccini, etc., de las que no se ocupa porque, en su opinion, no podían rivalizar con las de Monteverde. No me sería difícil citar otros ejemplos, pero esto sería poner á prueba la paciencia del lector, que encontrará más adelante datos suficientes para justificar la fama de este gran artista.

Admito de buen grado que Monteverde no haya *inventado* la tonalidad moderna en el sentido estricto de la palabra, es decir, que con deliberado propósito la haya creado de una sola vez, y creo temeraria la afirmacion de Fetis de que á Monteverde *solo* corresponde la gloria de haber inventado ó descubierto esta tonalidad.

Propio de los sistemas demasiado absolutos es pecar de exageracion. Una tonalidad no se inventa, como tampoco se inventa un idioma, y, como ha dicho perfectamente sir James Mackintosh, «las lenguas y las instituciones nadie las hace; ellas mismas se forman,» se insinúan, se infiltran poco á poco ántes de imponerse, y nadie advierte su presencia hasta que su victoria es completa: cada una de ellas es producto de una revolucion general que se verifica en los ánimos y que casi siempre ocurre á pesar de los mismos que la provocan. Los hombres sólo son instrumentos en estas revoluciones, resultado de ideas de todas clases acumuladas en la sociedad entera y que en determinados momentos estallan en cualquier sentido, sin que puedan preverse las consecuencias de la explosion. Llega un dia, sin embargo, en que la nueva tonalidad producida por el trabajo misterioso é incesante de la revolucion musical, mejor comprendida que hasta entónces por un genio, se desarrolla con mayor atrevimiento, y este dia es la fecha de su origen histórico.

Hé aquí por qué se ha atribuido, no sin razón, á Monteverde la gloria de haber dado vida á esta tonalidad, á causa de ser el primero que la puso en práctica con mayor resolucion y atrevimiento.

De no vivir Claudio Monteverde, es seguro que la armonía disonante natural que dió el golpe de gracia á la tonalidad del canto llano, la hubiera dado á luz otro, probablemente en la misma época, puesto que su aparicion no fué un hecho súbito, aislado é individual, sino una necesidad de la época: por ello no debe sorprendernos, ni aminorar la gloria de Monteverde, que la tonalidad moderna aparezca en composiciones anteriores á las de este maestro, lo cual sólo prueba que la necesidad de esta transformacion radical en el arte era universalmente sentida, y sobre todo por los músicos, convencidos de que su arte, basado solamente sobre los modos gregorianos, no podía interpretar bien, ni los afectos del alma, ni las pasiones humanas; por ello imaginaban que haciendo revivir los géneros cromático y enarmónico de los antiguos griegos podrían concordar mejor la música con el sentido de las palabras.

Ninguno de ellos, sin embargo, pensaba cambiar de tonalidad, y los adversarios de Monteverde, criticándole sus atrevimientos, no preveían por cierto que estas tentativas condujeran á una revolucion completa en el arte. Ni el mismo Monteverde lo sospechaba, y si, teniendo fe en su genio, quería mejorar la música, seguramente no pensaba en destruir una tonalidad para sustituirla por otra.

Además, ¿quién sabía entónces lo que era *tonalidad* y las bases en que se funda? Ni siquiera el nombre se conocía.

Es, por tanto, evidente que Monteverde ha sido el primero en emplear con franqueza los acordes y las marchas armónicas que ántes de él no se usaban, ó se usaban con prudencia y timidez tales que no despertaban la susceptibilidad de los teóricos y aristarcos.

Después de Monteverde, esta tonalidad presentada, pero aún en el limbo, gana terreno, propagándola los discípulos del célebre maestro. Bien se notan sus progresos en las obras de Cavalli, de Legrenzi, de Lotti y de sus émulos, cuyo exámen demuestra que, ateniéndose estos compositores todavía á las antiguas fórmulas, se inclinaban con preferencia á las nuevas ideas. Su tonalidad es aún indecisa, pero era imposible que la *buena nueva* destruyera inmediatamente y por completo lo que había reinado durante tantos siglos. El mérito de haber fijado la tonalidad se atribuye primero á Lotti y á Scarlatti, y en definitiva á Durante, que determinó los principios, constantemente observados desde entónces, y que lo serán siempre, porque se fundan en las leyes de la naturaleza.

Entre Fetis que dice *sí* y Gevaert que dice *no*, entre el primero que afirma ser Monteverde un inventor y el segundo que lo niega, el público, desinteresado en la querrela, no sabe por qué decidirse. Creo hacer una obra útil al narrar, según los documentos más importantes y auténticos que me ha sido posible reunir, los acontecimientos de la vida de este compositor, y acaso este artículo biográfico ayude á los lectores á formar su opinion. La empresa ha tropezado para su realizacion con grandes dificultades, porque la penuria de materiales relativos á este gran músico me ha obligado á un trabajo asiduo durante algunos años. Es difícilísimo, por no decir imposible, encontrar en las bibliotecas públicas de Europa las obras de Monteverde. Estoy, sin embargo, convencido de que pudiéndose registrar los archivos de los ricos conventos situados á orillas del Danubio, tales como las abadías de Melk, Saint-Florian, Krems, Seitenstaten, Leceheufeld, de María Tafern y de Nenburg, descubriríanse muchas obras de este compositor, que en vano pudieran buscarse en otras partes.

Oblígame además á emprender este trabajo otro motivo importante. Los maestros italianos del siglo XVII son poco conocidos entre nosotros, y esto es verdadera ingratitud. Si sus obras no nos causan el encanto que las actuales, si los progresos de la instrumentacion, las combinaciones armónicas y las formas melódicas hacen que nos parezcan aquellas demasiado primitivas y fuera de moda, no por ello deja de ser cierto que han deleitado á sus contemporáneos, provocando su admiracion y su entusiasmo, siendo fuentes fecundas donde han bebido sus inspiraciones compositores que hoy nos admi-

ran. Procuraré, en cuanto de mis fuerzas dependa, llenar esta laguna, rindiendo justo tributo á un grande hombre poco apreciado por nuestra generacion olvidadiza y turbulenta.

I.

JUVENTUD DE MONTEVERDE.—SUS MADRIGALES.
VIOLENTOS ATAQUES DE D'ARTUSI.

Claudio Monteverde nació en Cremona (Lombardía) por el año de 1568, hijo de padres oscuros y demasiado pobres para darle brillante educacion. Ignórase el nombre del maestro que primero le enseñó la música, pero debió estudiarla muy joven, porque aún lo era cuando Francisco de Gonzaga, duque de Mantua, le admitió en el número de los músicos de su corte, gracias á la extraordinaria habilidad con que tocaba la viola.

Dotado por la naturaleza de gran inteligencia, comprendió pronto que, á pesar de todo su talento, la profesion de instrumentista le tendría siempre en una inferioridad relativa, necesitando para salir de ella ser compositor, y en vez de tocar la música de los demas, imponer á otros la suya. Previendo acaso su destino, pidió lecciones de composicion á Ingegneri, maestro de capilla del duque de Mantua, que consintió en enseñarle el contrapunto.

Marco Antonio Ingegneri, miembro de la familia de los célebres constructores de órganos venecianos de este nombre, tan famosos en el siglo XVI, era un contrapuntista hábil, pero sin imaginacion. Preocupado con las falsas ideas dominantes en su época, sólo veía en la música la solucion de penosos cálculos, casi siempre pueriles, y de las dificultades insuperables con que las teorías de la escuela galo-belga había erizado al contrapunto. La ardiente imaginacion de Monteverde debió sublevarse contra las exigencias de complicaciones armónicas que constituían entónces toda la ciencia y todo el mérito de un músico, tascando impaciente el freno que le obligaba á pasar horas enteras ejecutando las frias é insípidas combinaciones que tanta repulsion le inspiraban. Había adivinado que el fin de la música no consistía precisamente en formar sobre el papel líneas de notas ascendentes y descendentes, dibujos arquitectónicos agradables á la música, pero que dejaban el corazón insensible cuando debían conmoverle. El momento en que el águila debía emprender su vuelo no se hizo esperar largo tiempo, pues en 1584 daba Monteverde á la publicidad un cuaderno de canciones á tres voces, que apareció en casa de Santiago Vincenti y Ricardo Amadino en Venecia. Pero es vano todo empeño de violentar la naturaleza. La demasiada precocidad es á costa del saber, que no se adquiere sino á fuerza de trabajo, de perseverancia y de tiempo. En estas

primeras tentativas siempre salen perjudicadas la corrección y la pureza de estilo, y bien lo demuestran las citadas canciones, llenas de faltas de armonía. Estas incorrecciones desaparecieron, aunque no completamente, en las obras que publicó en seguida. El desligarse demasiado pronto de las saludables reglas que la escuela impone, no se hace con impunidad, y bien lo prueba que Monteverde jamás llegó á ser perfecto contrapuntista, notándose en sus obras muchas falsas relaciones y durezas armónicas.

«Es singular, dice con acierto Mr. Gevaert, que el hombre á quien se atribuye la invención de la tonalidad moderna sea precisamente, de todos los compositores de su época, el que emplea sucesiones armónicas más violentas.» Fetis también hace constar esta imperfección; pero añade que en cambio la belleza de sus invenciones hace olvidar los defectos.

A estas primeras pruebas de su genio siguieron sus dos primeros libros de *Madrigali*, impresos en Venecia en 1587 y en 1593. En 1594 publicó el tercer libro de sus madrigales á cinco voces, que se cantaron en Ferrara para las dobles nupcias de Felipe III, rey de España, con Margarita de Austria, y del archiduque Alberto de Austria con la infanta española Clara Eugenia. A los lectores que no conozcan bien la música antigua, diré que el madrigal, llamado así porque era música escrita para los poemitas que llevan este nombre, era un género intermedio entre el estilo de Iglesia (*osservato*) y el estilo mundano (*rappresentativo*). El estilo madrigalesco, llamado también académico, estuvo muy en boga en los siglos XVI y XVII, desapareciendo completamente después (Lotti fué su último representante). Para nosotros, educados en la tonalidad atractiva, es difícil distinguir la diferencia que existe entre este estilo y el eclesiástico, y si comparamos un madrigal de Marenzio ó del príncipe de Venosa, que son los maestros del género, con un motete de la época, no advertiremos entre ellos diferencia alguna de carácter, pero esta era real y efectiva, y los contemporáneos no se equivocaban.

Los madrigales escribíanse ordinariamente á cinco ó seis partes vocales obligadas, y se parecían mucho en su forma á la fuga. Los hubo de dos clases: madrigales simples que debían ser ejecutados á voces solas, y madrigales acompañados, en los cuales sostenía á las voces un acompañamiento de órgano, clavicordio ú otro instrumento.

En este tercer libro es donde Monteverde empieza á dar libre vuelo á su genio y abre el nuevo camino, no abandonado ya ni por él ni por sus sucesores, al arte musical. No se atreve aún á atacar sin preparación la disonancia de sétima dominante; pero usa con bastante frecuencia la relación armónica del

cuarto con el sétimo grado, y determina el carácter de la tonalidad atractiva, haciendo del sétimo grado una verdadera nota sensible que resuelve en la tónica. No debía, pues, tardar en el empleo de la armonía de sétima menor con la tercera mayor sobre la dominante, las novenas mayor y menor sobre el mismo grado, la sétima sobre la nota sensible sin preparación y las dobles disonancias preparadas.

Tales atrevimientos no pasaron sin provocar protestas de los adoradores del *statu quo*. Desde que aparecieron los primeros madrigales, empezó una guerra sorda contra el joven audaz que se atrevía á despreciar las reglas consagradas por el tiempo, por la tradición y por la rutina, tan estimada en todas las épocas; pero esta vez había traspasado los límites, y la tempestad se desencadenó furiosa, empezando por la publicación de un libro titulado: *L'Artusi, ovvero delle imperfettioni della hodierna musica* (El Artusi, ó imperfecciones de la música de hoy día), que apareció en Venecia en 1600, pero que ya había circulado en el mundo musical. Su autor era Giammaria Artusi, canónigo regular de San Salvatore de Bolonia, contrapuntista tenaz, clásico, teórico severo, enemigo de toda innovación que alterase las combinaciones matemáticas entonces autorizadas. Gozaba reputación entre los músicos por sus escritos sobre la teoría del arte, y especialmente por su defensa de Lusitano contra Vicentino, á propósito de los modos de la música de los antiguos griegos. Constituyéndose en intérprete indignado de los amigos de la rutina, trató á Monteverde de peligroso innovador, censurándole sus incorrecciones y afirmando «que los antiguos nunca enseñaron que las séptimas pudieran emplearse de un modo tan absoluto al descubierto.

Apoyó á Artusi en esta cruzada con toda su influencia un sabio florentino, Girolamo Mei, partidario también de la tradición escolástica y de las antiguas fórmulas. Esta circunstancia me obliga á sospechar que si, como dice M. Gevaert, hubiese empleado Caccini deliberada y públicamente antes que Monteverde el acorde de sétima dominante sin preparación, Mei, que habitaba en Venecia, que oía de los primeros las composiciones de Caccini, á quien visitaba diariamente, no hubiese dejado de protestar contra una audacia contraria á todas las reglas establecidas.

Monteverde no se intimidó por la violencia de los ataques; antes al contrario, les hizo frente continuando el camino que se había propuesto seguir; pero tenía que habérselas con enemigos apasionados, tenaces y persuadidos de que el arte se perdía desde el momento que fuera lícito faltar á preceptos tan sagrados para ellos como la ley de los profetas. En 1603 apareció el *Discorso primo*, de Braceino

da Todi, libelo indigno en que se trataba á Monteverde del modo más desleal. Esta diatriba se ha atribuido á Mei, pero no existe prueba alguna que justifique tal suposición. Ha podido dar ocasión á esta sospecha la circunstancia de que Mei, enemigo como Artusi de innovaciones en la teoría del arte, tenía mal carácter. Las investigaciones hechas en los archivos de los filarmónicos de Bolonia, de donde partió el ataque, no han aclarado este asunto por no haberse hallado el original del libelo. Es probable que fuera el mismo Artusi, oculto bajo el seudónimo, quien desahogara por este medio sus rencores y sus celos. Su carácter atrabiliario y batallador, los injustos ataques que dirigió á su ilustre compatriota Bottrigari, nos autorizan á atribuirle la paternidad de este libelo.

Al publicar Monteverde en 1597 su cuarto libro de madrigales, quiso contestar á las calumnias de que había sido objeto en una carta que dirigió *Agli studiosi lettori* (á los lectores instruidos), en la cual justifica sus atrevimientos; pero temiendo á las pertinaces maniobras de sus enemigos que querían arruinar su posición, fué á Roma y se echó á los pies del Papa, manifestándole sus dolores. Paulo V le acogió con benevolencia, y Monteverde le ofreció una de sus composiciones de música sagrada, implorando su bendición, «á fin, decía, de que haga *reverdecen* mas y más el *monte* exiguo de mi genio y *cierre* la boca á los que hablan injustamente de Claudio» (*Ut mons ingenii mei magis ac magis virescat, et claudantur ora in Claudium loquentium inique*); juego de palabras propio del gusto literario de la época, pero que manifiesta su amargura por la ardiente persecución de sus enemigos.

De los madrigales del quinto libro, el que rompía abiertamente con las tradiciones de la escuela era el célebre *Cruda Amarilli*, y por ello fué también el que más excitó la cólera de los ortodoxos, cuyas críticas y sarcasmos sirvieron tan sólo para aumentar el éxito de la obra. El nombre de su autor corrió por toda Italia, y los inteligentes imparciales le dieron la razón contra sus detractores. Al padre Martini inspiraba tal admiración este madrigal, que lo cita como modelo y termina su análisis con las siguientes frases:

«Todo el mundo comprenderá hasta qué punto este ilustre compositor sobresalía en su arte, sabía distinguir un estilo de otro y usar la variedad dentro de una justa medida.»

Esta apreciación de un músico tan eminente como el padre Martini, el teórico más sabio del siglo XVIII, basta para demostrar el genio y gran valor musical de Monteverde; pero el lector verá otras pruebas no menos concluyentes.

En 1603, habiendo muerto Ingegneri, reemplazóle el duque de Mantua con Monteverde, que ocu-

pó esta posición hasta 1613. Pero antes de continuar el relato de su vida y obras debemos narrar varios acontecimientos importantes por sus resultados y de felices consecuencias para Claudio Monteverde.

ERNESTO DAVID.

(Continuará.)

(*Revue et Gazette Musicale.*)

REVISTA CIENTÍFICA.

FISIOLOGIA.—De la virulencia de la sangre.—Experimentos de M. Signol.—La sangre puede convertirse en tósigo después de la muerte.—Pocas gotas de sangre de caballo bastan para matar un carnero.—Consecuencias para la higiene pública.

QUÍMICA INDUSTRIAL.—El pan de lúpulo.—Procedimiento de panificación empleado en los Estados Unidos.

TERAPÉUTICA.—Un nuevo febrífugo: el bromhidrato de quinina.—Curación de los calenturientos de Sologne.—Recientes investigaciones sobre el jaborandi, premiadas por la Academia de Ciencias de París.—Notable acción sudorífica del jaborandi y aplicación al arte de curar.—La policarpina ó principio activo del policarpus.

CIENCIA MILITAR.—Progresos de la artillería.—El nuevo cañón de 80 toneladas.—Los ensayos en Woolwich.—Peso y velocidad de los proyectiles.—Potencia viva y formidable de los nuevos proyectiles.—La pólvora de granos gruesos.—Alcance de tres leguas.—Velocidad de medio kilómetro por segundo.—Un agujero en un blindaje de acero de medio metro de espesor á una legua de distancia. Los últimos cañones proyectados en Inglaterra y Alemania.

Debemos llamar la atención sobre un hecho que interesa grandemente á la higiene pública.

M. Signol, experto veterinario, acaba de poner fuera de duda que la sangre de todo animal sano que ha muerto por golpe contundente ó por asfixia, cogida en las venas profundas á menos de 16 horas después de la muerte, adquiere propiedades venenosas extraordinariamente energías. La sangre de caballos muertos de las maneras indicadas, inoculada á carneros ó cabras en cantidad de 24 gotas, les mata en pocas horas.

Y, sin embargo, esta sangre tan venenosa no presenta ninguno de los caracteres aparentes de la putrefacción ni por su olor ni por su aspecto. Verdad es que el microscopio da á conocer la presencia de bacterios en el líquido, fáciles de reconocer por sus dimensiones é inmovilidad. También se encuentran estos infusorios en la sangre de los animales muertos de carbunco; muchos fisiólogos piensan que estos bacterios son la causa de la en-

fermedad, opinion absolutamente hipotética hasta ahora. A consecuencia de esto, podríamos preguntarnos si la sangre recogida en las venas profundas y dejada durante 16 horas en contacto de los gases intestinales, se convertirá en sangre carbunclosa, con lo cual se explicarían perfectamente sus propiedades virulentas. Y hasta podríamos llegar á creerlo así, al ver que los glóbulos de esta sangre se hacen aglutinativos, formando islotes separados por espacios llenos de suero.

Los animales sobre que ha hecho sus experimentos M. Signol estaban sanos, encontrándose muy léjos de padecer carbunco. Además, en los carneros y cabras inoculadas no se veían pulular los bacterios, como sucede en los animales á quienes se inocula sangre carbunclosa.

La causa que hace extraordinariamente virulenta la sangre de un animal, pocas horas despues de su muerte, parece muy oscura. Dejemos que los fisiólogos exclarezcan este difícil problema, y limitémonos á la enunciaci6n del hecho.

La sangre recogida en las venas superficiales es inofensiva. Por el contrario, la recogida en las venas profundas, vena cava, vena porta, en contacto con los gases intestinales, es virulenta. Esto es necesario tenerlo presente. Ayer ignorábamos y hoy sabemos que la inoculaci6n de esta sangre es mortal, al ménos para los carneros y cabras. La sangre del animal inoculado no se hace á su vez venenosa hasta despues de la muerte de este animal.

Comprenderáse cuánta importancia tienen estas observaciones bajo el punto de vista de la salud pública. Verdad es que en estos experimentos solamente se trata de caballos, carneros y cabras; pero mucho puede temerse que lo que es verdadero en estos animales, sea igualmente aplicable á las otras especies, comprendiendo la especie humana. Ahora bien; ¡cuántos, por razon de su oficio, tienen que tocar restos cadavéricos, hasta frescos; médicos, curtidores, carniceros, etc.!

No está ménos interesada en la cuesti6n la higiene doméstica: en esta época del año en que se presenta caza en todas las mesas, es necesario tener suma prudencia. ¿Quién sabe? Una picadura y el contacto de algunas gotas de sangre de una liebre puede producir una inoculaci6n seguida de accidentes más ó ménos graves. Si la casualidad hace que penetre en la economíá sangre de las venas profundas, pueden resultar graves perturbaciones, y hasta una enfermedad mortal. Muchas veces ha ocurrido ya que, á consecuencia del contacto de carnes, aún siendo frescas, ha sobrevenido una afecci6n muy grave, cuyo origen parecía difícil de explicar. Generalmente se la consideraba carbunco, y tal vez la causa real existía en la virulencia de la sangre, demostrada por M. Signol. Sin duda, así sucede en

ciertos abcesos muy dolorosos ocurridos á personas que habían desollado piezas de caza algo pasadas.

Es evidente que, hasta ahora, sólo tenemos sobre este punto nociones muy confusas; pero creemos que parece resultar de las observaciones de M. Signol que tenemos á nuestro alcance, en nuestra mano, un virus enérgico, un veneno comparable al virus carbuncloso, si por ventura no es este mismo virus; no se necesita más, á nuestro juicio, para que la prudencia más elemental nos aconseje vivir con precaucion y evitar el contacto de la sangre de los animales muertos despues de veinticuatro horas.

Otro asunto, que se relaciona también con la economíá doméstica, es la elaboraci6n del pan. M. Sacc, distinguido químico de Neuchatel, ha encontrado tan exquisito el pan de los Estados-Unidos, que ha ido allá á estudiar su elaboraci6n, y acaba de dar á conocer á la Academia de Ciencias de Paris el procedimiento de panificaci6n empleado en los Estados-Unidos, que vamos á indicar á grandes rasgos, porque, si se quisiera, podría elaborarse en Europa pan americano.

El método de panificaci6n que generalmente empleamos nosotros, es muy sencillo. Como es sabido, la pasta de harina resultaría demasiado compacta y demasiado pesada de digerir, si no se añadiese á la harina cierta cantidad de una sustancia llamada *levadura*, que determina en la masa el fenómeno de la fermentaci6n.

La fermentaci6n descompone una parte del almid6n del trigo y la trasforma en alcohol y en ácido carbónico; de tal manera, que el panadero fabrica diariamente sin saberlo, al mismo tiempo que el pan, cierta cantidad de aguardiente que no recoge. Pónese la pasta en el horno; el calor detiene la fermentaci6n que habia empezado y dilata las burbujas de ácido carbónico. El gas dilata á su vez la pasta y produce las pequeñas cavidades que dan ligereza al pan. La elasticidad de la pasta se debe al *gluten* que contiene la harina, y que es un alimento precioso; cuanto más gluten contiene una harina, más digestivo y nutritivo es el pan que produce.

En algunos países se usan dos géneros de levadura: la de cerveza y la de pasta; pero no se recurre generalmente á la primera sino cuando se carece de la segunda, procedente de una panificaci6n anterior. La levadura de pasta no es otra cosa que un poco de pasta de la vispera, reservada en un paraje caliente; ésta fermenta en él y produce la fermentaci6n en el seno de la pasta donde se introduce.

Se amasa la harina en la artesa donde previamente se ha vertido agua con levadura y sal. Despues so-

breviene la fermentacion, y el gas dilata la pasta; pero es necesario vigilar el fenómeno, porque si se le dejase desarrollar con demasiada rapidez, el alcohol que se produce, se trasformaría en vinagre y la panificacion se perdería.

Necesítase, por lo tanto, cierto golpe de vista para apreciar el grado de fermentacion.

En América se hace fermentar la pasta con lúpulo, no empleando levadura de pasta, cuya accion es lenta, desigual y caprichosa. El lúpulo, dice M. Sacc, es la levadura instantánea, inmediata, obteniéndose la fermentacion á la vista, bajo la mano; es la levadura yankee.

Para preparar esta levadura se coge un puñado de lúpulo fresco y un litro de agua; se le hace hervir y se le coloca sobre un lienzo; en las panaderías grandes, esta solucion se mezcla en seguida á la harina, bastando para cinco kilogramos, añadiendo suficiente cantidad de agua templada para obtener una pasta de la consistencia deseada. En las casas particulares se mezcla á la solucion del lúpulo cierta cantidad de harina de maíz ó fécula de patatas para formar una pasta densa, que se seca despues á calor lento. Despues se rompe en pedacitos esta pasta y se guarda en sacos de papel colgados al techo de una habitacion muy seca. Cuando se quiere usar esta levadura en conserva, se deslíe un puñado en agua, se añaden cinco puñados de harina y bastante agua para hacer una pasta clara, y se coloca la mezcla en una vasija de barro bastante honda. La fermentacion se verifica inmediatamente; la pasta se hincha y sube mucho. A la mañana siguiente se mezcla la levadura preparada de este modo con cinco kilogramos de harina, sal y la cantidad suficiente de agua para obtener el pan que se desea; cuanto más agua se pone, más alto resulta el pan. Algunas veces se hace pasta tan líquida que hay que llevarla al horno en vasijas de hierro que solamente se llenan hasta la mitad, por lo mucho que aumenta la pasta durante la coccion.

La panificacion con lúpulo se diferencia de la que se hace con levadura de pasta, en que la fermentacion con la harina es instantánea, lo que evita la larga, costosa é incierta preparacion de la levadura. La práctica americana parece racional y debería ensayarse en Europa.

Segun M. Sacc, existe en los conos del lúpulo un fermento alcohólico mucho más enérgico que el que se encuentra en la levadura de cerveza. Este fermento es soluble en el agua, y, particularidad digna de tenerse en cuenta, resiste á la accion del agua hirviendo. Los hechos indicados por M. Sacc deben llamar la atencion de los químicos (1).

(1) Segun el químico suizo, el lúpulo no obra en la fabricacion de la cerveza como antiferménto por su tanino y por su aceite esencial, sino al

Háblase de un nuevo febrífugo y de una nueva aplicacion del método de las inyecciones hipodérmicas, del que nos hemos ocupado recientemente. El nuevo febrífugo es el bromhidrato de quinina estudiado por el Dr. Soulec, médico del hospital de Romorantin. Esta sal, en vez de administrarse por las vias digestivas, se inyecta bajo la piel una hora antes del acceso. M. Soulec ha publicado ya numerosos casos de curacion en circunstancias en que había fracasado el sulfato de quinina (1), y por su parte M. Gubler acaba de obtener notables éxitos.

El bromhidrato cuesta algo más caro que el sulfato de quinina, pero contiene más quinina que el sulfato, y naturalmente se le inyecta en dosis más cortas: de 50 á 80 centigramos bastan con frecuencia para curar las fiebres más rebeldes. Una inyeccion de 20 centigramos equivale á una toma de 60 centigramos de sulfato por el estómago. Se ha objetado de nuevo el inconveniente de las inyecciones hipodérmicas de líquidos irritantes. A veces se han observado obstrucciones dolorosas, y la opinion de los peritos está muy dividida sobre esto. Generalmente se atribuye al alcohol que sirve de vehículo al medicamento la produccion de irritaciones locales, pero podría evitarse el alcohol empleando el bromhidrato básico, soluble en el agua, añadiéndole un poco de ácido cítrico. Sea como quiera, hoy se administran en grande escala las inyecciones subcutáneas. En los hospitales se practican diariamente; si en realidad, como aseguran los Sres. Soulec, Gubler, Cadet de Gassicourt, etc., las inyecciones de bromhidrato hacen abortar en su principio los accesos de fiebre intermitente, lo cual no se consigue con el sulfato de quinina, no vemos por qué no hayan de solicitar los enfermos de sus médicos el ensayo de las preciosas propiedades del nuevo medicamento.

M. Albert Robin ha hecho un profundo estudio fisiológico del jaborandi, estudio que le ha merecido el premio Barbier en el último concurso académico. No existe medicamento sudorífico comparable con el jaborandi: cuatro gramos de hojas en 125 gramos de agua hirviendo ó 20 gramos de siropo alcohólico, determinan al cabo de 20 á 40 minutos un sudor que se prolonga de una á dos horas. El autor calcula la pérdida del sudor de 300 á 500 gramos, segun los casos. La salivacion empieza al mismo tiempo, y dura tanto como el sudor, siendo extraordinariamente activa, elevándose á 400 y

contrario, el lúpulo conserva la cerveza, porque transforma rápidamente todo el azúcar en alcohol, que precipita el fermento procedente de la alteracion del glúten. La infusion del lúpulo, recomendada como tónico amargo y depurativo, es, ante todo, un poderoso digestivo.

(1) *Journal de Therapeutique*, Diciembre, 1875.

hasta á 500 gramos, lo que la hace superar más de cuarenta veces la cantidad suministrada normalmente en el intervalo de las comidas, puesto que el peso de la saliva segregada normalmente es de unos 15 gramos por hora. La saliva arrojada despues de la inyeccion del jaborandi es viscosa, muy alcalina, cargada de sales minerales y sobre todo de carbonatos y cloruros. La secrecion de las lágrimas, del mucus bronquial y nasal, aumenta igualmente, pero en proporciones ménos considerables. En cuanto á su accion terapéutica, aparece muy clara.

Catorce enfermos atacados de reumatismo articular agudo han experimentado, despues de administrarles el jaborandi, notable mejoría. Dos tenían reumatismo gotoso, del que curaron rápidamente despues de tres sudores. Tres padecían reumatismos musculares muy dolorosos, de los que se aliviaron en poco tiempo. Tres estaban atacados de neumonía, y de estos curaron dos, sucumbiendo el tercero, sin que esta terminacion pueda atribuirse al medicamento. Ocho estaban afectados de bronquitis, de enfisema pulmonal ó de asma, y los resultados han parecido muy favorables. Doce estaban atacados de albuminaria, y se ha observado sensible mejoría en ellos.

M. Hardy, director del laboratorio de M. Regnault y profesor de la facultad de medicina, ha conseguido aislar de las hojas del jaborandi un alcaloide particular que parece ser el principio activo de la planta y que se llama *Pilocarpino*. Casi al mismo tiempo, los Sres. Byasson y Duquesnel han conseguido, cada uno por su parte, aislar el principio activo del jaborandi. A consecuencia de estos adelantos, se podrá regular actualmente la accion del jaborandi, reemplazando las hojas por el alcaloide, agente poderoso del que sin duda se harán útiles aplicaciones al arte de curar. Sabido es que el jaborandi se importó del Brasil hace dos años, reconociendo M. Baillon que pertenecía á la familia de las rutáceas, conociéndosele con el nombre científico de *Policarpus pinnatus*. Las esperanzas que los primeros ensayos hicieron concebir han pasado á ser realidades, y la terapéutica se ha enriquecido con un remedio enérgico y verdaderamente eficaz en muchas enfermedades.

El arte de curar no puede hacernos olvidar el arte de matar, y si lo olvidásemos, nos harían pensar en él. La ciencia militar realiza prodigios en todas partes. ¡Qué léjos nos encontramos ya de 1867 y de aquel cañon-monstruo que exhibieron los prusianos en la Exposicion de Paris, que con tanta razon asombraba entónces á la multitud! Austria renueva toda su artillería y adopta el cañon de bronce-acero del general Üchatius. Rusia, Inglaterra,

Italia y Alemania proyectan cañones gigantescos.

Desde el mes de Setiembre último posee Inglaterra un cañon de enorme potencia, el cañon de 81 toneladas que se ensayó con gran éxito en Woolwich. Este cañon, en su estado actual, pesa 82 toneladas (83.346 kilogramos); pero su peso se reducirá á 82.300 kilogramos cuando haya sufrido un nuevo alisamiento. Esta pieza sin rival se compone de un tubo central de acero, barrenado en un cilindro macizo, y despues de una serie de bandas macizas de hierro forjado rodeadas en espiral sobre el tubo. Estas bandas son cinco, y, segun el sistema Fraser, la que forma la envoltura exterior presenta una masa tal, que, al enfriarse, determina una presion bastante enérgica para reducir el diámetro interior del tubo central en un milímetro. La envoltura exterior pesa 57 toneladas y forma un cilindro de 35 centímetros de espesor.

La longitud total del cañon es de 8 metros y 15 centímetros; el diámetro en la culata, un metro 85 centímetros; su calibre actual es de 37 centímetros, pero llegará á 40 despues de nuevo alisamiento.

El proyectil pesará 750 kilogramos, y la carga de pólvora será de 136 kilogramos. Se espera un alcance de 18 kilómetros, y se podrá horadar á 3.000 metros un blindaje de hierro forjado de 50 centímetros de espesor.

El cañon de 81 toneladas se ha montado provisionalmente en una cureña estudiada por M. Butter, del cuerpo de artillería, bajo la direccion del coronel Field. Este vehículo es una maravilla de construccion mecánica y de sencillez: para llevarle con el cañon al punto de los experimentos, se ha necesitado una locomóvil y dos maquinatas accesorias: el peso total que había que trasportar se elevaba á 120 toneladas. Colocado todo el aparato sobre rails, se situó á 64 metros de un terraplen de 18 metros de arena y 22 de tierra. Los rails se elevaban por la espalda, siguiendo una rampa de 4^m,50 en longitud de 32 metros para limitar el retroceso.

El cañon se carga por la boca; para evitar la fuga de gas por el espacio que ordinariamente queda libre entre las paredes del cañon y el proyectil, se ha combinado un sistema de obturacion muy ingenioso. En la base del proyectil se fija un disco de bronce de bordes reforzados; este disco se dilata en el momento de la explosion bajo la accion del gas de la pólvora y penetra en las rayas del ánima obstruyendo toda salida é impidiendo el roce en el cañon de los granos de pólvora que no se inflaman y que arrastra la explosion. Estos obturadores habían dado ya buenos resultados en Shoeburyness en las piezas de 38 toneladas aumentando el alcance. Además, los proyectiles están provistos de aletas de bronce.

Se carga la pieza con auxilio de una grúa portá-

til. Doce hombres hacen entrar en el ánima el saco de pólvora, levantado por la grúa,—la pólvora es del sistema Pebbe, de forma cúbica, teniendo 38 milímetros de lado los granos,—y después hacen entrar el proyectil. Se da fuego por medio de la electricidad. La detonación es espantosa, pero se esperaba que fuese más violenta aún; después de la salida del proyectil se ve alzarse casi verticalmente en el aire un ancho círculo de humo muy regular que conserva su forma casi durante un minuto, produciendo un ruido análogo al que hace una granada en su trayecto.

Se hicieron seis disparos. Para medir la velocidad del proyectil se empleó el aparato Le Boulengé, que consiste en dos cuadros verticales separados por 18 metros de distancia, sobre los que se habían tendido delgados hilos metálicos. Al pasar el proyectil por cada uno de estos cuadros, corta los hilos y rompe un circuito eléctrico que comunica con un aparato registrador. La separación de las dos marcas en un papel que corre con velocidad conocida da la velocidad del proyectil. En cuanto á las presiones que la explosión ejerce sobre la culata y sobre el proyectil, se determinaron con el auxilio de pequeños marcadores metálicos incrustados en el cañon y en la base del proyectil: el aplastamiento de estos indicadores revelaban la presión de los gases de la pólvora. Hé aquí los resultados obtenidos con cargas crecientes y proyectiles de 750 kilogramos:

CARGA.	Velocidad inicial.	Retroceso.	Presión por centímetro cuadrado.		Penetración en la arena.	
			Sobre la culata.	Sobre el proyectil.		
Kilogramos.	Metros.	Metros.	Kilog.	Kilog.	Metros.	
Primer disparo.	77	424	9, »	5,811	5,055	13
Segundo idem..	86	453	9,75	5,512	2,866	12
Tercero idem...	95	449	10,97	5,966	5,118	12
Cuarto idem....	99	458	11,61	5,496	5,570	11
Quinto idem....	104	472	11,50	5,662	5,455	13
Sexto idem....	108	472	11,65	4,500	—	14

No obstante estas fuertes cargas, no se observó después de los disparos ningún deterioro en la pieza. La cureña funcionó perfectamente, remontando suavemente por el plano inclinado. El obturador no se separó nunca del proyectil durante el trayecto, encontrándose roto y arrancado en medio de la arena del terraplen. Entre el primero y segundo disparo, quisieron sacar con el extractor destinado al efecto, el indicador metálico, pero la cabeza de la herramienta se separó del cabo. Un obrero de

mediana estatura se ofreció á entrar en el ánima del cañon y atar una cuerda á la cabeza del extractor, teniendo que intentar cinco veces la operación ántes de poder realizarla.

Actualmente se consigue regular en cierta manera la acción de la pólvora sobre el proyectil, como se regula la del vapor sobre el piston de una máquina. Aumentando las dimensiones de los granos, se hace más lenta la combustión y se desarrolla la fuerza sucesivamente. El proyectil recibe un impulso progresivo en vez de un choque instantáneo, y puede adquirir más fuerza viva. Se ha calculado que la potencia de este proyectil equivale á la que poseía el *Iron-Duke* en el momento del abordaje que echó á pique al *Vanguard*.

La nueva pieza da hasta hoy el máximo de velocidad á la salida del ánima, exceptuando el cañon de siete toneladas, siendo las velocidades: pieza de siete toneladas, calibre 178 mm, 478 m; nueve toneladas, igual calibre, 430 m; 18 toneladas, 416 m; 25 toneladas, calibre 300 mm, 401 m; 38 toneladas, calibre 279 mm, 439 m.

Estos resultados honran mucho al arsenal de Woolwich. El precio del cañon de 81 toneladas es relativamente poco elevado, puesto que sólo es de 200.000 francos. Cada disparo cuesta de 500 á 600 francos. Este cañon está destinado al *Inflexible*, que quedará armado con cuatro piezas de este calibre.

El resultado de estos ensayos debe hacer meditar á los partidarios del espolon, como aparato de guerra marítimo. El cañon de grueso calibre puede desempeñar un papel más terrible, puesto que hace blanco con precisión á 2.000 metros. Y esto no es más que el principio de la artillería mecánica. Mr. Fraser, constructor de este formidable aparato, estudia un cañon de 160 toneladas, que lanzará un proyectil de una tonelada capaz de abrir á un buque, á 1.600 metros de distancia, un boquete tan considerable como el que hizo al *Vanguard* la proa del *Iron-Duke*.

Italia ha encargado á Mr. Armstrong ocho piezas de á 100 toneladas. En la fundición de Essen, de la propiedad de Mr. Krupp, se monta actualmente un martillo-pilon que cuesta cinco millones de francos, que permitirá forjar lingotes de acero de 100 toneladas. En la misma fábrica se empieza la construcción de un cañon de 124 toneladas, que se está estudiando hace ya más de dos años.

Este cañon lanzará proyectiles de 1.040 kilogramos, y se cargará con 200 kilogramos de pólvora.

La guerra se convierte en obra de Titanes, y poco á poco llegará el día en que las máquinas se lanzarán contra las máquinas, y las fundiciones enteras unas contra otras en formidable empuje.

ENRIQUE DE PARVILLE.

CRÓNICA GEOGRAFICA.

Una expedición francesa al África.

Con objeto de explorar el África ecuatorial, penetrando por el río Ogooue hasta el gran lago Victoria Nyanza, en el corazón de África, se ha embarcado en Burdeos una expedición francesa, sin anuncios ni ruido, habiendo hablado apenas de ella algunos periódicos especiales.

Triste es decirlo; pero mientras en Inglaterra saludaban recientemente la partida de la expedición polar los aplausos de cuatrocientos mil espectadores, en Francia parece la opinión pública indiferente para con los arrojados exploradores que voluntariamente van á comprometer su salud, á jugarse su vida y á afrontar toda suerte de peligros por servir á la ciencia.

Su abnegación no es inconsciente, pues conocen los obstáculos opuestos á su empresa; han leído el *África necrológica*, publicada por un gran viajero, M. K. Duvoyrier, en el *Boletín de la Sociedad de Geografía*; saben que por cada cien hombres que han acometido la gran obra, cincuenta han muerto en el lugar de sus exploraciones, envenenados por el clima, degollados por los indígenas ó disecados vivos, como el oficial de marina Maizan, trayendo cuarenta, de los cincuenta restantes, á su patria los gérmenes de enfermedades mortales é incurables.

Y no obstante, marchan ménos preocupados del reconocimiento nacional (quizás más tardío, pero no siempre nulo), que del elevado objeto, móvil de sus acciones, objeto cuya importancia para la geografía ha demostrado recientemente el célebre geógrafo alemán Petermann, en el número del 24 de Enero de este año del *Mittheilungen*.

«Esta importancia, dice el sabio doctor, ha llegado á ser capital desde que, por consecuencia de los documentos traídos á su regreso por Stanley, de los últimos descubrimientos de Livingstone y del viaje del doctor Schweinfurth, prevalece entre los sabios la opinión de no ser el Nilo el importante río marcado como tal por Livingstone, sino más bien una vasta corriente con dirección hácia el Oeste, probablemente el Ogooue ó el Congo. Los países comprendidos entre ambos ríos deben, pues, sufrir los primeros y más fuertes ataques.»

Tal es el plan de la nueva expedición, la cual no es solamente científica, sino eminentemente nacional, pues á los franceses, dueños de Gabon, pertenece el honor de explorar las tierras del África ecuatorial, dependientes de dicho establecimiento, las cuales han sido teatro de los trabajos, sacrificios y abnegación de nuestros compatriotas.

La expedición se compone de M. de Brazza, ofi-

cial de marina, encargado por el ministerio del ramo de una misión oficial, á propuesta de la Sociedad de geografía; de M. M. Marche, naturalista distinguido, penosamente experimentado acerca del país adonde va, en la reciente expedición que ha verificado en compañía del marqués de Compiègne; del doctor Bale, jefe del servicio sanitario de la misión, y de un contramaestre del *Venus*, hombre enérgico y valiente por todo extremo, quien tomará el mando de veinte tiradores senegaleses musulmanes, escogidos entre los mejores soldados de la colonia, y armados de chassepots para alejar y rechazar, si hay necesidad, á los caníbales Osyeba, los cuales en el año anterior han cerrado por la fuerza el paso del río Ivindo á la expedición del marqués de Compiègne.

El itinerario de los expedicionarios es el siguiente. Embarcarán en el Senegal en el transporte-correo entre Dakar y Gabon, y en Livreville, capital de las posesiones francesas, se trasbordarán al *Marabut*, aviso de guerra de cuatro cañones, el cual los transportará lo más arriba posible del Ogooue, es decir, hasta Adanlinanlago (el país del fuego del rey Sol). Allí Brazza y Marche se embarcarán para el país de Okanda en las piraguas del rey Renoque, y Bale quedará con los equipajes hasta el regreso de las piraguas, las cuales no podrán transportarlo todo en un viaje.

Una de las dificultades de la empresa es el equipaje indispensable por la carencia de valor del dinero en el Ogooue, siendo por lo tanto necesario llevar toda clase de objetos, como pólvora, hierro, cobre, perlas, cuchillos, espejos, telas, etc., para cambiarlos por provisiones; fusiles malos á los cuales los negros dan un gran valor, aún cuando solamente cuestan de 8 á 10 francos; una barrica de rom para obsequiar á los soberanos indígenas; un gran tonel de sal, la mercancía más rara en el África ecuatorial, y con la cual se pueden adquirir todas las del país, pues en Bakel se la cambia, á pesos iguales, por polvo de oro.

Para prevenir en lo posible las dificultades, M. de Brazza ha empaquetado toda su pacotilla en trescientas cajas, cada una de veinte kilogramos de peso, á propósito para ser conducidas sobre la cabeza por las conductoras, pues en aquel país son las mujeres quienes transportan los pesos.

Los exploradores establecerán su cuartel general en Okanda, donde permanecerán seis meses, y sembrarán semillas llevadas á propósito, las cuales les proporcionarán á la siguiente estación un tesoro inestimable en aquellos países, legumbres. Durante la detención tratarán de establecer amistosas relaciones con los Osyeba; después se pondrán en marcha en compañía de doscientos auxiliares de Okanda, y si consiguen franquear el paso del Ivindo,

fatal á la anterior expedicion, llegarán á paises habitados por naciones amigas de los blancos, los Madouma y los Osyeba, última etapa del punto culminante de la expedicion, el gran lago Victoria Nyanza.

Dios solo conoce la suerte reservada por el porvenir á nuestros compatriotas; pero si bastan la prevision científica, la experiencia local, el trabajo, la abnegacion y el valor para asegurar el éxito, sin duda triunfarán.

R. S.

El monumento del capitan Cook.

En el mes de Noviembre del año último Inglaterra ha elevado á la memoria del capitan Cook un monumento en la bahía de Kealakekua de las islas Sandwich. Dicho monumento consta de un obelisco de granito, sobre una base cuadrada de la misma piedra; en una de las caras de la base se lee la siguiente inscripcion en inglés: *A la memoria del gran viajero Jaime Cook, que descubrió estas islas el 18 de Enero de 1778, y en ellas fué muerto el 14 de Febrero de 1779. Este monumento fué elevado en Noviembre de 1874 por sus compatriotas.*

El 18 de Enero de 1778 el capitan Cook arribó con sus dos buques, la *Resolucion* y la *Descubierta*, á la isla de Canai, la más septentrional del archipiélago nombrado por él Sandwich, en honor de lord Sandwich, entónces primer lord del almirantazgo inglés; los indígenas le llamaban Havai. Tenía por objeto su viaje descubrir un paso al Norte de América, tantas veces ántes buscado; pero en lugar de buscarlo en las costas de Labrador y Groenlandia, como todos habían hecho, trataba de encontrarlo por la costa Noroeste de América, atravesando el canal descubierto cincuenta años ántes por el danés Behring.

La expedicion zarpó de Plymouth el 12 de Julio de 1776, y despues de haber navegado por el mar austral del Sur de Africa, junto á las islas de Marion y de Kerguelen, pasó al Este de la tierra de Van Diemen, tocó en Nueva-Zelanda, atravesó el archipiélago de los Amigos, llegó á las islas de la Sociedad, y, singlando derecho hácia el Norte en demanda de las regiones boreales, aportó á las islas Havai.

Pocos dias despues, la expedicion se hizo á la vela para la costa Noroeste de América, y el 17 de Enero de 1779 fondeó de nuevo en la bahía de Kealakekua, situada en la costa occidental de la isla mayor de Havai. En aquellos lugares debía sucumbir el hombre que más ha contribuido al progreso de la geografía, despues de Colon y Magallanes.

La catástrofe ocurrida el 14 de Febrero de 1779,

la explican de una manera los ingleses y de otra los indígenas. Los primeros dicen que, á consecuencia de riñas con los segundos, aquellos se vieron obligados á hacer fuego sobre los naturales, resultando muerto uno de los jefes, cuya noticia causó gran excitacion entre los insulares, quienes, enviando ántes al interior sus mujeres é hijos, vistieron sus armaduras y empuñaron las armas. Cook procuró apaciguarlos, pero viéndose amenazado por uno de ellos, le mató, siguiendo una espantosa carnicería, sin que los botes de los buques se aproximaran á la costa para embarcarlo, á pesar de los gritos del capitan ordenando á sus tripulantes dicha maniobra, siendo herido de una puñalada por detras y arrebatado su cadáver.

La otra version, conservada en los cantos del país, cuenta los hechos á la manera indígena, y sin duda merece la preferencia, segun M. Varigny, quien la refiere de este modo: «Desde su llegada á las islas tomaron al capitan por el dios Lono, especie de Mesías, esperado largo tiempo, error no disipado por Cook, á quien tributaron los honores divinos. Un dia, algunos de los dioses inferiores, es decir, marineros, acompañantes de Lono, comenzaron á destruir el cercado de Morai, lugar santo hecho de ramaje, acontecimiento mencionado por los ingleses, los cuales dicen que los marineros lo efectuaron para recoger leña, prefiriendo aquella por encontrarla cortada y seca. Los isleños se opusieron al sacrilegio, pero los europeos continuaron su tarea, y sobreviniendo Lono, quiso entrar en el sagrado recinto, cogiéndolo uno de los jefes indígenas entre sus brazos para evitarlo. Quería desasirse el dios, estorbábásele el jefe, y fué tal la lucha y tan apretado el abrazo, que se escapó á Lono un grito de dolor. Entónces dijo el jefe: «Quien se queja no es dios», y mató á la falsa divinidad.»

Esta relacion auténtica se encuentra confirmada por un viejo y honrado habitante de las islas, historiógrafo de las mismas, con todos sus detalles, comunicados por él al doctor Winslow, de New-York. Los naturales, entristecidos por su barbarie, trataron á los restos de Cook como á los de sus jefes más queridos, despojando de la carne los grandes huesos de las piernas y de los brazos, colocándolos delante de sus ídolos, y sacrificándole gran número de puercos y perros para obtener el perdon de su delito. Cuando los ingleses pidieron los restos de Cook y supieron que no existían sino los huesos, creyeron canibales á los indígenas, lo cual no es exacto. Los sandwichianos, muy civilizados ya, deploran aún la muerte de Jaime Cook, al cual han colocado entre sus dioses.

O. TENAUD.